

II. DOCUMENTOS

HISTORIAS Y RELATOS DE ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Roberto Martínez del Río

1. INTRODUCCIÓN

«Historias y relatos de estudiantes universitarios» es una aproximación al mundo de la vida estudiantil a través de una serie de artículos que aparecieron publicados en revistas nacionales del siglo XIX.

Esta recopilación constituye el testimonio de una realidad histórica bajo la mirada de diversos autores de prestigio. En ella se ofrece una visión crítica y satírica de ciertas costumbres y usos, que en muchos casos se han desvirtuado o simplemente se han perdido con el paso del tiempo.

Durante siglos, el estudiante desarrolló un estilo de picaresca basado en las experiencias y conocimientos adquiridos en la Universidad y en el entorno que la rodeaba. Si bien algunos de estos usos (como las novatadas o el paseo) se hallaban bastante extendidos, conviene puntualizar que la mayor parte de los estudiantes se dedicaba al estudio y a sus tareas cotidianas. Serían aquellos más pobres y los «tunantes» los que aprovecharan esta condición, para obtener recursos que les permitieran continuar su vida escolar y disfrutar de los periodos de ocio. En la lectura de los distintos pasajes se observan detalles relativos a esta forma de vida y la huella que fueron dejando en el colectivo los profundos cambios producidos en la Universidad a finales del XVIII y a lo largo del XIX.

La temática es muy variada: vacaciones, romerías, matrículas, novatadas, viajes, ceremonias, Tuna, Estudiantinas... aparecen recogidos a lo largo del trabajo. Para su transcripción se han respetado la ortografía, la

puntuación y las erratas, así como las notas a pie de página y citas que aparecen en los artículos originales de la época.

El trabajo se enmarca en una investigación en curso sobre diferentes fondos documentales conservados en la Biblioteca General de la Universidad de Salamanca, Centro de Cultura de la Diputación Provincial de Salamanca y Biblioteca Nacional.

2. ÍNDICE GENERAL

- J. Arias Jirón, «Costumbres Salamanquinas. Los Estudiantes de la Tuna», *Semanario Pintoresco Español*, 2 de junio de 1839, pp. 170-173.
- Anónimo, «Costumbres Universitarias. La Borla», *Semanario Pintoresco Español*, 4 de octubre de 1840, pp. 327 y 328.
- Vicente de la Fuente, «Costumbres Estudiantinas. El Alguacil Alguacilado», *Semanario Pintoresco Español*, 17 de enero de 1841, pp. 21-24.
- Vicente de la Fuente, «Costumbres Estudiantinas. La Tuna», *Semanario Pintoresco Español*, 8 de mayo de 1842, pp. 149-152.
- Un Estudiante, «Costumbres Estudiantinas. El Día de San Lucas o de la Matrícula», *Semanario Pintoresco Español*, 30 de octubre de 1842, pp. 348 y 349.
- Vicente de la Fuente, «Costumbres Estudiantinas. Las Vacaciones», *Semanario Pintoresco Español*, 14 de enero de 1844, pp. 14-16.
- Antonio Neira de Mosquera, «El Armamento Escolar. 1663-1665», *Semanario Pintoresco Español*, 15 de junio de 1851, pp. 186 y 187.
- Julio Monreal, «Correr la Tuna», *La Ilustración Española y Americana*, anuario de 1879, pp. 69-71.
- Eduardo de Palacio, «Estudiantina Española», *La Ilustración Española y Americana*, 28 de febrero de 1886, p. 139.

3. RELACIÓN DE LOS ARTÍCULOS TRANSCRITOS

- J. Arias Jirón, «Costumbres Salamanquinas. Los Estudiantes de la Tuna», *Semanario Pintoresco Español*, 2 de junio de 1839, pp. 170-173.

I

Hay en la calle de *los Moros*¹ de Salamanca una casa alta y estrecha como una torre, de fachada cobriza en el color, y cuyas paredes laterales llenas de picos y relieves demuestran que no era la intencion del que la fabricó dejarla sin concluir como se halla. La principal es de piedra y de anchura y fortaleza que mas de cuatro fortificaciones de esta época ostentan paredes menos sólidas y macizas. No tiene balcones, solo ventanas irregulares y como sembradas al descuido en la estensísima superficie, es lo que ilumina el sol, cuyos rayos se pierden en ella como en las montañas y sinuosidades de Navarra.

En la region mas alta y rozándose ya con la capa azul del firmamento; se descubre los dias que está despejada la atmósfera una pequeña galería con columnas blancas detras de la cual hay una habitacion pequeña y en esta si no lo has ¡oh lector! adivinado, viven tres estudiantes *de la sopa*. En posesion esta vivienda de alojar á los sopistas de muchas generaciones, ha sido constantemente el barómetro que anuncia á los habitantes de abajo la variacion de la temperatura, y no pocas veces ha sido consultada con la misma ansiedad con que el navegante observa la estrella del norte para arreglar su conducta á sus observaciones. Tambien yo enfilaba alguna vez mi catalejo hácia estas alturas, y tenia un placer singular en examinar el contraste que se ofrecia á la caida de la tarde, cuando vestidos ya todos los edificios y paseos de la luz del crepúsculo, solo bañaban las columnas de la galeria algunos rayos horizontales que poco á poco se iban perdiendo de vista. Entonces los tres estudiantes salian a disfrutar del suave calor del sol, y el negro ropage de que estaban vestidos se veia pasar rápidamente por entre las columnas, teniendo estas transiciones vistas desde abajo todo el aspecto de una vision fantasmagórica.

1. Esta calle de las mas retiradas y sucias, está vinculada desde luengos años para los estudiantes que la escogen con preferencia á otras para vivir la temporada del curso.

En una noche de diciembre de 1837 estaban reunidos los tres estudiantes al rededor de una mesa redonda, que por las innumerables manchas de todos tamaños que ostentaba, podria semejar algo al disco de la luna. La ventana estaba entreabierta, no por precaucion, sino porque las maderas no cerraban enteramente, y como no habia mas vidrios ni cristales, el viento se colaba por la abertura y hacia oscilar la luz de un belon de oja de lata que iluminaba la pieza hasta el punto de apagarlo y quedarla á oscuras muchas veces.

Pasemos al adorno interior: ademas de las sillas en que estaban sentados los tres habitantes de este departamento, habia en una esquina una pequeña tinaja con su tapadera, y en una tabla que estaba sostenida por dos palomillas un tomo de *Sto. Tomas de Aquino, tres de la Filosofia de Guevara* y una jarra de vino tapada con otro de *Sala, Derecho real de España*. Las paredes en parte vestidas del humo y salpicadas de tinta en otra, presentaban alguna tela de araña en las esquinas, media docena de conclusiones pegadas con engrudo y amenizadas de tal cual rozadura de consideracion en los frentes. Goteras habia tantas que cuando llovía tenian los jóvenes escolares la precaucion de bajarse á la calle por no mojarse. En fin en una de las esquinas habia un clabo de una cuarta de largo y pendiente de el una guitarra.

¡Qué de reflexiones originales no inspira una guitarra con un aparato semejante! ¿No asaltarán involuntariamente á la imaginacion mil recuerdos de los antiguos trovadores y de los tiempos de los árabes? Aquel adusto castellano que marcha silencioso por las calles en las altas horas de la noche es un trovador que va á colocarse debajo del balcón de su señora. Luego que llegue sacará la guitarra que lleva oculta, y despues de mil preludios cantará las trovas amorosas que ha compuesto y que acompañará el compas de su vihuela. Su dama que le espera con impaciencia, apenas oye el sonido de las cuerdas se levanta y abriendo con cuidado el balcon escucha complacida la voz de su amante. La guitarra fue el agente de esta correspondencia.

Los trovadores del siglo XIX se envuelven en un ropage negro y con una guitarra al hombro atraviesan como los antiguos las llanuras y los bosques. Llevan en pos de si la alegria á los cortijos, componen versos, pero son mas positivos en sus efectos. En la temporada del curso se detienen en alguna universidad que tienen cerca del término de sus correrias, y esperan con impaciencia el momento de volver á su vida errante y peregrina. En este intervalo cuelgan la guitarra como colgaban los caballeros

andantes las armas en las épocas en que algun voto hecho á su dama ó alguna calamidad en los combates les obligaba á hacer treguas en sus belicosos ejercicios hasta que el tiempo les restituye lo que les habia quitado la fortuna. La guitarra colgada se cubre de un espesísimo polvo, las cuerdas saltan, el mástil se abre, y todo este abandono parece que dice como las armas de aquellos:

«Nadie la mueva....»

II

Cuando yo entré acababan de jugar una partida de *cané* y todavía se veian á un lado la baraja mugrienta y abarquillada, y algunas bolitas hechas de hojas de libros que sin duda debian ser la moneda corriente en aquellos paises. El belon de oja de lata estaba tambien sobre la mesa y su luz moribunda persuadia convincentemente a los tres estudiantes de que tratasen de recogerse luego porque el aceite allá se andaria por la sierra de Gata. No poco me alegré ver y distinguir de cerca las facciones y cataduras de estos tres licenciados, porque confieso que aunque varias veces los habia visto en la calle y otros en la galeria mirando desde abajo, nunca pude formarme una idea exacta de sus fisonomías, ni menos conocerlos tanto como en aquel rato que los tuve á dos pasos de distancia.

El mas formal de los tres estaba enfrente de mí y se llamaba el licenciado *Juan Zarpa*. Tenia en la cabeza un sombrero de mas de media vara de largo y cuya circunferencia estrecha en la parte inferior donde entra la cabeza se ensanchaba sensiblemente hasta un diámetro doble por lo menos en el otro extremo. La cara era larga y descolorida, nariz aguileña y rematando en punta como lanceta, cejas pobladas, ojos hundidos y unas mejillas tan salientes que parecian los dos huesos forrados provisionalmente con cabritilla. Estaba sin afeitarse de 20 dias, y debajo de la barba oprimia el cuello con un corbatín de terciopelo negro lleno de arrugas y tan apretado que aquella tenia que salirse una cuarta mas afuera de lo regular mal de su grado, y la cara miraba constantemente hácia arriba. Cubria la espalda con un chaqueton de paño gris del cual reparé que para ser tan ancho tenia las mangas demasiado angostas porque marcaban el grueso de la configuracion del brazo desde el hombro hasta la muñeca, y no hubiera salido de la duda sino hubiera visto otras del mismo color que

tenia otro estudiante cosidas á una sotana negra. El licenciado Zarpa era en extremo divertido y gracioso, bien que la contraccion de su rostro cuando se reia violentamente imponia hasta á sus mismos compañeros.

Inmediato á él se sentaba el bachiller *Tomas Perez Tragacorreas*, mas jóven que sus compañeros y mas galanteador y petimetre. Tenia el pelo lleno de pomada, limpia la dentadura y el cuello de la camisa bastante sucio, muy almidonado y tan alto que subia desde los dos lados del corbatin, tapaba buena parte de la boca, entallaba la nariz y llegaba hasta los párpados inferiores de los ojos, corriéndose al nivel de estos hácia la oreja, cortando esta por la mitad y juntandose por detras de la nuca cuatro dedos mas arriba de la hebilla del corbatin. No tenia chaqueta puesta, porque una que tenia la guardaba con los hábitos para que no tomase polvo; estaba por consiguiente en mangas de camisa y el corbatin mas alto que el de su compañero no estaban tan apretado sino que al revés cabia en su recinto la barba, la boca y parte de la nariz.

– Vamos señores, sin preambulos, (dijo el licenciado Zarpa con aire satisfecho) aquí no hay mas que lo que VV. ven, y esto lo decia porque ya entonces se habia levantado uno de los tres y habia puesto sobre la mesa un plato de ensalada como para una persona; y sin otro mantel ni aderezo se preparaban á esterminarla el bachiller y el licenciado en tanto que el otro estudiante que habia hecho de cocinero entendió la sorna de estas palabras y frunciendo las cejas avinagró el rostro de manera que yo vi el momento en que la emprendia con el licenciado Zarpa á bofetones.

– No tienes porque enfadarte, Cándido, dijo el bachiller que estaba á su lado, esto es una chanza, y mañana que me toca á mi os doy facultad para que hagais conmigo lo que os plazca.

– No me enfado, respondió el cocinero, pero convengamos en que ya á uno le toca hacer el metafísico esta noche, es mucha barbaridad mofarse como si no fuera poco trabajo el servir la cena y despues quedarse mirando como desaparece del plato sin osar tocarlo hasta que ya está como una patena.

– Tienes razon Candido, le replico Zarpa, confieso que ha sido una imprudencia, y no nos acordemos mas de ello.

– Pues si es asi, yo me doy por satisfecho y voy á cumplir con la obligacion que nos hemos impuesto recíprocamente y que esta noche ha recaido sobre mí; pero como el objeto es entretener el tiempo, no llevareis á mal que me detenga en referir algunas menudencias que ya sabeis vo-

sotros, porque cuanto mas dure la relacion menos me acuerdo de lo que estoy viendo; al paso que entreteniendo vuestra atencion evito que comais demasiado y os de una apoplegía, porque el exceso en las viandas salinas, espirituosas y volátiles, impide la trituracion y la humectacion de las partes, embota los órganos cerebrales y anticipa la vejez, es decir, aquella fiebre gastro-interítica natural que nos destruye paulatinamente.

Al llegar aqui soltaron sus dos compañeros una gran carcajada y le advirtieron que estaba muy sutil y harto metafísico para hablar familiarmente, lo cual no era de estrañar atendiendo á que no cenaba, y como esta advertencia desconcertó algo al hablador echó la última y mas desconsoladora mirada sobre la mesa y sin mas preámbulos comenzó su historia como sigue :

III

«Yo nací en Castro-Jeriz y me llamo *Cándido Anzuelo*. Mi padre que era tabernero murió siendo yo niño, y á resultas de esto me llevó consigo un tio beneficiado de Burgos que me tenia una estremada predileccion. Lo primero que me buscó mi tio fué un maestro de leer y escribir, y luego que aprendí algo me puso á estudiar la gramatica latina en la que hice tales adelantos que al cabo de cinco años ya traducia el S. Pio V, y tres años despues ya estaba idóneo *para oir ciencia* en la universidad como consta en la matrícula que se me quedó olvidada en Burgos.»

«En seguida fui á estudiar á Valladolid, y habiéndoseme muerto el mi tio al segundo año, tuve que acomodarme de *fámulo* en el convento de S. Pablo. Allí tenia buena vida; por la mañana entraba el chocolate muy temprano al padre prior, y luego bajaba á la iglesia á ayudar á misa; por lo regular ayudaba tres ó cuatro seguidas, y despues subia al refectorio donde me estaban esperando ya otros cinco compañeros que habian hecho lo mismo, almorzabamos bien y en seguida á cátedra, saliamos de cátedra y estudiabamos en nuestras celdas hasta la hora de comer; por la tarde á cátedra otra vez y luego al convento.»

«No pensabamos ninguno en abandonarle hasta concluir la carrera por lo menos, pero la suerte que iba disponiendo las cosas de otro modo, hizo que un día llamase el prior á todos los estudiantes que serviamos en el convento, y despues de un largo prefacio nos viniese á manifestar sus

intenciones de que tomáramos el hábito, y Dios mediante, quedásemos allí ya *in perpetuum*. De los seis aceptaron tres, y los otros tres empleamos el tiempo que se nos dió para reflexionarlo en arreglar nuestro hato y hacer algunas provisiones de la dispensa antes que lo echasen de ver, y otro día al salir el sol ya estábamos fuera de la puerta del Carmen, y caminando á buen paso sin volver la cara atrás ni hablar una palabra, de miedo que viniesen en nuestro seguimiento y nos llevasen presos.»

«Llegamos á Puente-Duero cerca de medio-día y como íbamos muertos de cansancio determinamos de parar allí, y entre tanto que comíamos alguna cosa tener consejo sobre el punto á donde habíamos de dirigirnos. Uno decía que á Madrid, otro que á Pamplona, y por último quedamos en que primero sería á Zaragoza, por lo cual despues de haber comido y bebido á la salud de los frailes, nos echamos á dormir y no despertamos hasta el día siguiente; tanto era lo que nos habia cansado el viaje.»

«Al día siguiente nos despertamos muy temprano; pero ¡cuál fue nuestra sorpresa cuando nos encontramos sin la merienda que hubiera llegado hasta Zaragoza y además sin un cuarto en el bolsillo!»

«Allí era ver al licenciado *Cata-fiambres* armarla con todos y reñir con el rey que fuera, al bachiller *Zancadillas* dar brincos de cólera, rasgarse los hábitos y darse mogicones contra la pared; en fin baste decir que yo tampoco pude conservar mi serenidad y rompí con un palo cuantos pucheros y cazuelas habia al rededor de la lumbre. Por resultado de todo y de no pagar la posada, salió el mesonero jurando y blasfemando, nosotros le dejamos venir, y luego que estuvo á tiro cargamos sobre el á pedradas, y tengo para mí que aquel día no debió de tener hueso sano de tanto guijarrazo como llovimos, que como íbamos enfadados por lo de la merienda no le dejamos hasta que se metió en casa apostando que iba por la escopeta, y nosotros que ya estábamos cansados apretamos el paso y le perdimos de vista.»

«Decir como llegamos á Zaragoza y lo que nos sucedió allí sería estar hablando tres ó cuatro días, baste saber que acostumbrados ya á la vida tunantesca no quisimos servir á nadie ni volver á ser *fámulos*, y que nos fue también así que á pesar de estar en abril todavía quisimos probar aventuras aquel curso, y fuimos á concluirlo á Cervera.»

«Al año siguiente pasamos á Valencia donde estuvimos dos meses, y desde allí fuimos á Granada viniendo á concluir el curso en Sevilla. Nos

detuvimos todo el verano en las Andalucías por ser país muy agradable, y otro curso ya estábamos en Santiago. Allí quisimos matricularnos y estudiar en regla; pero el secretario de la universidad nos dijo con mucha cortesía y con buenos modos que no teniendo matrículas y no habiendo estudiado el año anterior no podía absolutamente servirnos; pero ni le valió tanta política, porque luego nos dimos de ojo y poniéndonos en fila le pegamos una silva de más de un cuarto de hora, y como algunos que estaban afuera la oyeron fueron á avisar á los bedeles con lo cual nos retiramos llevando de camino el bastón del secretario que estaba en la antecámara y el sombrero que había colgado de una percha. Después de esto no podía presentarse en público el buen hombre sin que fuéramos nosotros á él como perros de presa: uno se quitaba el sombrero y haciendo una gran cortesía le decía *á los pies de V. Señor Rector*, y seguía delante de él haciendo inflexiones y cruces con el sombrero y los otros dos nos poníamos á los lados y con el sombrero en mano y mil cortesías le decíamos: *Señor Consejero, es posible que su excelencia magnificencia no tenga algun desecho con que amparar los duros trabajos y penosas calamidades de estos pobres estudiantes*, y luego le llamábamos jeneroso, y machacábamos bien con la excelencia, de modo que sudaba la gota como el puño.»

«En fin nos cansamos de esta universidad y pasamos á Oviedo, la cual ofreciendo pocos alicientes dejamos también y fuimos á concluir á Alcalá. El verano lo pasamos en Extremadura y al curso siguiente que es este que pasó vinimos aquí desde donde hemos hecho varias expediciones y correrías en la provincia.»

«Para que podáis tener una idea aproximada de nuestros viajes os voy á contar la primera incursión que hicimos en esta provincia luego que llegamos á Salamanca.»

«Salimos el 27 de diciembre los tres amigos, Cata-fiambres con una guitarra, Zancadillas con una pandereta y yo con el encargo de hacer el *moscardón*. La primer noche dormimos en el Pedroso cinco leguas de aquí; había en la posada unos arrieros de Villamiel que iban á vender vino á Alaejos y habiendo nosotros apercibido que llevaban dos botas de reserva del de Robledillo, hicimos de modo que en lugar de aquellas les quedaron otras dos de igual tamaño que llevábamos llenas de agua y nos trajimos las del vino por equivocación.»

«Al día siguiente entramos en Cantalapiedra á cosa de medio día y en menos de media hora se nos juntó medio millón de muchachos atraídos

por el ruido de los instrumentos y por la orijinalidad del traje estudiantil. Puede decirse que pusimos el pueblo en alarma, de todas las casas nos llamaban, y el gran tropel que llevabamos detras hacía para nosotros el oficio deregonero porque nos señalaba por cualquier parte por donde fuésemos.»

«Otro dia por la mañana habia gran comida en casa de un rico propietario llamado D. Juan Paradinas. Como habia corrido por el pueblo la fama de nuestro buen humor no nos fue difícil la entrada. Zancadillas que estaba enterado desde el dia antes habia tenido la precaucion de cojer un gato de la posada y atarlo de los cuatro pies, y cuando entramos lo llevaba escondido debajo del manteo. Entramos metiendo ruido como la noche anterior; bailamos, charlamos y nos dimos tal maña que logramos entre los dos que estabamos desocupados entretener y divertir sin que echasen de menos á Zancadillas, que con su gato debajo del manteo andaba escudriñando las entradas y salidas y las piezas interiores. Por fin tropezó con lo que buscaba y era una habitacion muy estrecha donde habia una mesa y cantidad de vasos y botellas, compteras y otras vasijas de cristal llenas de licores y dulces en almibar; alli cerca habia una alacena y dentro unas empanadas que alli se llaman hornazas y que son de un esquisito gusto. Tomadas, pues, todas las medidas coje como hasta media docena de empanadas, pone el gato en el suelo, le desata y aprieta á correr con ellas debajo del manteo. Ya en esto nos ibamos saliendo nosotros que estabamos en la trama; pero el diablo quiso que no tubieramos tiempo uno ni otro y asi cuando estabamos haciendo los últimos cumplimientos, sonó el estrépito de las botellas y acudiendo al ruido vieron á Zancadillas que estaba cojiendo una empanada que se le habia caido en el suelo por lo que no habia podido salir. En esto volvió á sonar el ruido de los vasos y habiendo encontrado *in fraganti* las empanadas y habiendo descubierto todo dieron con nosotros en el calabozo no sin recibir algun puntapie al salir de la casa que el Señor D. Juan Paradinas nos disparó por habérsele apresado de las narices el gato cuando entró en la desgraciada habitacion de las botellas.»

«Cuatro dias estuvimos presos y hubieramos estado muchos mas sino hubiera sido por un estudiante del mismo pueblo á quien la identidad de profesion movió á hacer algunas diligencias por libertarnos, lo que consiguió al fin.»

«Salimos al medio dia, y tanto quisimos agradecer á nuestro libertador el servicio que nos habia hecho que lo llevamos casi en el aire á su casa

donde entramos con el hasta su habitacion y procuramos hablar y entretener el tiempo hasta que llegó la hora de comer, seguimos haciéndole cumplimientos, y entre mil cortesías nos sentamos con él á la mesa antes de que nos convidára. Trazas llevabamos de hacer lo mismo con la cena y lo mismo al dia siguiente pero el alcalde que era pariente de D. Juan Paradinas nos intimó la orden de marchar inmediatamente.»

«Aquella noche dormimos todavia en Cantalapiedra y al dia siguiente fuimos á Palacios-Rubios. Por la tarde nos informaron de que habia una muchacha rica que se iba á casar, y creyendo nosotros sacar algun dinero templamos los instrumentos y á eso de la nueve comenzamos á tocar y á cantar con mucha fuerza en frente del balcon. Media hora hacia que tocabamos cuando el novio que andaba rondando las calles vecinas acompañado de otros dos cargó sobre nosotros con su *cayada* que es un bastoncillo de prueba, y nos molió á palos en términos que quedamos allí por muertos....»

Al llegar aquí el licenciado Anzuelo se interrumpió de pronto y dando una palmada en la mesa exclamó lleno de cólera: —«¡Vive Dios que se han dormido!»— y asi era la verdad porque sus compañeros viendo que tenia trazas de estar hablando un par de dias le habian abandonado á lo mejor de su relacion y ya hacia tiempo que estaban entregados al mas apacible sueño. Bien podia habersele ocurrido antes esa consideracion y con eso no hubiera incurrido en los dos vicios de dejar incompleto su relato y de causar fastidio al mismo tiempo.

- Anónimo, «Costumbres Universitarias. La Borla», *Semanario Pintoresco Español*, 4 de octubre de 1840, pp. 327 y 328.

Hace pocos años que con motivo de graduarse de doctor un amigo mio en la universidad de Alcalá de Henares pasé á dicho pueblo, y asistí por primera vez á esta ceremonia: con este motivo tuve ocasion de observar las costumbres de sus estudiantes, sus ejercicios literarios y el aparato anticuado de sus ceremonias, que fué lo que más llamó mi atencion. Al presente esta misma universidad se nos ha entrado por las puertas de la capital; pero tan disfrazada que no la conoceria la madre que la parió. Los usos y trages antiguos han desaparecido en su mayor parte, y dentro de

pocos años apenas quedará quien los haya visto ni se acuerde de ellos: entonces se leerán con novedad aquellas cosas que ahora por haberlas visto recientemente no hacian impresión. Una órden de gobierno desnudó á los estudiantes de sus bayetas, y los redujo en el exterior al comun de los ciudadanos: quizá otro segundo golpe concluirá con todas las costumbres antiguas, á no ser que se crea mas oportuno hacer una amalgama de usos antiguos y modernos, de la misma manera que se quitan los adornos góticos de una fachada por no embadurnarla despues con una mano de estuco, ó por un anacronismo harto frecuente se reunen trozos de diferentes épocas, colocando un retablo de gusto moderno entre los prolijos adornos de un templo de la edad media. Para enterarme, pues, á fondo de todo cuanto viese, me asocié con un estudiante jóven y de bastante instrucción, que estaba en la misma posada que mi amigo, el cual se ofreció á ser mi *Cicerone*.

Llegó por fin el dia de la Borla, anunciada desde la tarde anterior en la universidad por un repique de campanas.

Serian las diez de la mañana cuando nos dirigimos hácia la universidad mi compañero y yo: entramos por el hermoso patio del colegio mayor de S. Ildefonso, y despues de haber atravesado otros dos llegamos á un sitio que mi compañero dijo se llamaba el Paraninfo. Dan este nombre á un vetusto salon donde se juntaba el claustro de doctores para conferir el grado de doctor (ó como vulgarmente se dice la Borla), y para algunos otros actos literarios.

Un tablado elevado media vara sobre el pavimento corria desde la puerta hasta una cátedra, sita en frente de ella, dividiendo el salon en dos partes iguales: el de la derecha servia para los doctores, y el público se acomodaba en la izquierda. Las señoras podian asistir á las tribunas.

Mi amigo me insinuó que podíamos colocarnos en un banco que habia en el area de la derecha, destinado para los parientes y amigos del graduado; pero yo que deseaba por el contrario estar en parage donde pudiese observarlo todo sin llamar la atencion, preferí el colocarme en uno de los bancos destinados para el público.

Desde allí me entretenia en ver las diferentes figuras que sucesivamente se iban deslizandose por la puerta adentro á ocupar el salon. Un doctor en leyes entraba pavoneándose con borla carmesí: por debajo de la sotana que le llegaba apenas á las rodillas se descubrian su pantalon azul y sus grandes travillas. Saludó con borla en mano á varias señoras que ocupa-

ban las tribunas, y en seguida se dirigió hácia un corro de doctores que disputaban acaloradamente: en la parte opuesta un grupo de estudiantes con sotana escurrida y sombrero de forma ambigua se divertían en burlarse de los concurrentes de uno y otro sexo, y reirse de sus catedráticos y de un cadete de artillería, que por mirar á las tribunas se cayó contra un banco, con no poca algazara de los alumnos de Minerva.

Entre tanto yo no cesaba de repetir mis preguntas á cada momento para informarme de todo, cuando vino á cortar nuestra conversacion un estraño ruido de atabales, chirimías y bajones: entonces una confusa chusma entró presurosamente, é inundó todos los ángulos del salon, y los doctores se recogieron á sus respectivos sitios.

En breve se oyó la música ratonera á la puerta del salon: las chirimías y bajones entraron dentro, y fueron á tomar asiento en un banco bajo junto á los de los doctores. El estandarte de la universidad adornado con unos enormes lazos de cintas era conducido por un estudiante, amigo del graduado: presentóse este en seguida con la cabeza descubierta, y al lado de su padrino, precedido de los bedeles y el maestro de ceremonias que íban de golilla, y seguido del rector y su acompañamiento. Al entrar este, el maestro de ceremonias dió un bastonazo: todos nos pusimos en pie hasta tanto que se sentó el rector en su sitio, que era por cierto una tabla pelada debajo de la cátedra, asiento mas duro sin duda que la saca de lana, y harto mezquino, aunque lo llamasen preeminente. El graduado se sentó sobre el tablado al lado de su padrino, el cual principió un discurso latino, pidiendo la venia con palabras ampulosas y frases altisonantes¹ al Sr. D. Rector, á la sagrada facultad, á los venerados perscrutadores de los sagrados cánones, á los integérrimos intérpretes de las leyes, á los sapienísimos investigadores de los arcanos de la naturaleza, y al respetable público: al invocar á este último, dirigió una mirada vaga y risueña hácia las tribunas; en seguida tosió, sacó el pañuelo, limpióse frente y narices, y principió su declamacion con aire magistral, espetándonos un exordio tan general, que venia allí tan á pelo como en un sermon de ánimas. A poco rato supimos de donde era natural el graduado, su mucha aplicación, y los repetidos honores con que habia sido condecorado durante su carrera lite-

1. Las palabras latinas *Dominus Dominus* se traducen en castellano Señor Don; no sé, pues, por qué daban al rector este tratamiento, diciéndole Domine Domine Rector.

ria, por los cuales se habia hecho acreedor al premio que se le iba á conferir.

Yo que sabia lo que era mi amigo, que durante su carrera habia tenido sus puntas y collar de holgazan, y que se graduaba sin mas méritos que los de nuestro Señor Jesu-Cristo, no pude menos de burlarme en mis adentros de tan baja adulacion; aunque por otra parte conocí el derecho que tenia á ella el graduado, puesto que la habia comprado con su dinero. Cansado, pues, de oir elogios, entablé otra vez el diálogo con mi estudiante, y en verdad que todo el auditorio, incluso los doctores, hacia lo mismo, y el murmullo de tantas conversaciones alternaba con la estrepitosa declamacion del padrino.

¿No me sabrá V. decir qué alusion tienen los diferentes colores de que usan los doctores en sus borlas?

No sabré decirselo á V., aunque oí decir á un teólogo que tenían cierta analogía con las aureolas de los bienaventurados: solo puedo decirle que los teólogos que se sientan los primeros junto al rector, llevan la borla y capirote de blanco, los canonistas usan la verde, y los legistas el encarnado: aquellos que ve V. de azul debajo del banco de los teólogos son los maestros en artes, ó doctores en filosofía.

¿Y aquel de la borla amarilla á qué facultad pertenece? Es un doctor y catedrático de Medicina, el único que hay en esta universidad, por haberse suprimido en ella esta facultad por el plan de estudios de 1824.

Entonces mi amigo hizo la observacion de que esta universidad, que en sus principios no se componia mas que de teólogos, médicos y maestros de artes, habia variado de tal modo que en el dia ya no tenia doctores médicos; los de filosofía se iban concluyendo, pues nadie se graduaba en ella; y la facultad de teología, en otro tiempo tan numerosa, era la que menos individuos tenia en las aulas.

Dígame V.: ¿qué empleo tiene aquel jóven que está tambien sobre el tablado frente al graduado y su padrino?

Aquel es un amigo del graduado, y como un segundo padrino: le llaman la gallina, asi como al otro padrino le llaman el gallo. Dióme no poco que reir la ocurrencia de aquel gallinero académico. Habia observado durante la conversacion algunos colegiales que habian entrado con sus trages peculiares, que me llamaron no poco la atencion; hícelo presente á mi interlocutor, el cual me dijo, que en efecto habia en Alcalá tres ó cua-

tro colegios menores, los cuales en sus trages y colores no guardaban analogía con los de las facultades que estudiaban, como yo habia creído. Uno de ellos se titulaba de los verdes, porque usaban manto de este color y beca de color de ladrillo, y eran legistas. En el de Málaga estudiaban teología, y llevaban manto encarnado y beca morada; y en otro que llamaban del Rey usaban manto de paño pardo y beca de azul oscuro, y eran juristas. Díjome tambien, que á fines del siglo pasado habia otros muchos con diferentes trages y obgetos, como el de Lugo, otro de Leon, de Aragon, de Santa Justa y Rufina, de Irlandeses, el Trilingüe y otros varios que se suprimieron por falta de renta, aunque el colegio mayor de San Ildefonso no le valió el tenerlas para que no le suprimiese el benignísimo príncipe de la Paz, pues vendió sus principales fincas en un millon de reales, y en verdad que no fueron caras.

Aquí llegábamos de nuestra conversacion, cuando el padrino, alias el gallo, concluia tambien su discurso.

Levantóse, y dirigiéndose al rector, le pidió el grado de doctor para su cliente. Accedió á ello el rector, y entonces, hincándose de rodillas el novel doctor, juró uno tras otro todos los misterios de nuestra santa fé, y otras varias cosas que ni eran misterios, ni de fé.

Entre tanto los bedeles andaban muy afanados repartiendo propinas á los doctores: iba yo á preguntar si habia tambien propinas para el público, lo cual me hacia creer la multitud de artesanos, y aun pobres que habian concurrido, cuando volvieron á sonar las chirimías y bajones, formando un ruido semejante al que forman el mado del gato y el sordo ahullido de un perro cuando se preparan á embestirse: entonces el rector tomó la borla del graduado que estaba sobre una bandeja de plata, y haciendo con ella la señal de la cruz, la puso sobre la cabeza de su dueño. En seguida el padrino condujo al doctor novel al pie de la cátedra, sobre la cual estaba encaramado el decano de la facultad: dirigióle este una arenga que nada tenia de improvisada, advirtiéndole y ponderándole la dignidad que acababa de contraer y las obligaciones en que le constituia, y para exhortarle al estudio le entregó un librito encuadernado en tafilete, muy parecido á una guia de forasteros.

Faltaba todavía lo mejor: ¡cómo me habia yo de figurar que en el siglo XIX habia de ver armar caballero! ¿Y á quién?: á un estudiante. En efecto; bajó el decano de su cátedra, y principió la ceremonia algo diferente por cierto de la que usó el ventero con el hidalgo de la Mancha: como el

nuevo doctor no llevaba donde ceñirse la daga ni la espada, no hizo mas que tomar los chismes conforme se los fueron dando, y dejarlos en seguida sobre la mesa, despues de dar tres cortes al aire. En cuanto á las espuelas por no ponérselas á los pies, se las pusieron en la mano.

Principió en seguida á repartir abrazos á todos los doctores, principiando por el rector, y concluyendo por el último maestro en artes: abrazos hubo allí casi comparables á los que le dió á Roldan el amigo Bernardo, si no mienten los romances.

Concluido el ceremonial de los abrazos, restablecióse nuevamente el órden en el salon, y el baston del maestro de ceremonias concluyó de imponer silencio, para que oyésemos el panegírico de nuestros reyes que es lo último, y lo que nos restaba que oír. Principió á recitarlo el nuevo doctor con voz apagada, y con un estilo monótono que descubría á la legua, que el relator y el redactor de aquel discurso eran personas diferentes: bien es verdad que á juzgar por lo hinchado del estilo, y lo vago de sus conceptos, no estaban muy distantes el uno del otro. Por fortuna el amigo no fué muy prolijo: despues de haber recitado mal lo poco que dijo, tartamudeando y dejándose cláusulas enteras con detrimento de la composicion, y no poca mortificacion del padrino que le apuntaba por bajo, llegó por fin á una cláusula en donde se atascó. Tosió, tartamudeó 304 veces una misma palabra, y no sabiendo que decir, se quedó parado: entonces volvieron á sonar las chirimías y bajones, y con esto se levantó la sesion, saliendo el nuevo doctor entre los abrazos y aplausos de sus amigos que le repetian irónicamente la consabida fórmula de «V. descanse.»

- Vicente de la Fuente, «Costumbres Estudiantinas. El Alguacil Alguacilado», *Semanario Pintoresco Español*, 17 de enero de 1841, pp. 21-24.

Ya tendrán noticia nuestros lectores de la obrita que bajo este título publicó nuestro célebre Quevedo, ó cuando menos habrán visto las viñetas relativas á ella que se insertaron en el número 47 del Semanario del año pasado. Hoy pues, me toca á mí referir otro pasage en que un alguacil fue alguacilado, no como quiera por un demonio, sino por una legion de estudiantes. En Dios y en mi ánima, que estuve tentado de poner por

epígrafe del artículo el *alguacil estudiantado*, haciendo á los estudiantes por participio, como lo hizo Quevedo con los alguaciles, con lo cual me hubiera evitado la nota de plagiario; pero desistí por justas razones, y principalmente por ignorar si esta licencia, que parece bien en un maestro, seria bien recibida en quien solo aspira á *principiante de aprendiz de literato*.

Era el 17 de enero... día en que toda la cristiandad celebra la fiesta del glorioso S. Anton, abogado de las bestias (es decir, las de carga y andadura), y es bien que en tal día hay muchos hombres, que lejos de guardar la festividad la convierten en barbaridad (perdonen ustedes que no diga *bestialidad*, pues parece término malsonante) ó bien porque se crean comprendidos en la clientela del santo, ó por alguna otra razon especial que yo no alcanzo.

Pero lo mas estraño es que los estudiantes de Alcalá solian tambien guardar la fiesta; y *hacer de las suyas*, y no porque fuesen de la clientela, pues se criaba muy alta la yerba en los patios de la universidad, señal evidente de que no entraban bestias por ellos. En vano algunos rectores y los visitadores académicos habian luchado por abolir esta costumbre, pues los estudiantes se empeñaron en llevar adelante su tema favorito de *antiqui mores serventur*, y en celebrar la fiesta del santo glorioso á costa de los novatos, que llamaban *crasos*, y á despecho de rectores y cancelarios.

Desde la víspera se daba el grito de

«*San Anton, los crasos al pilon:*»

y á este grito, que era la señal de alarma se embestía incontinenti á todos cuantos sombreros y bonetes aparecian en público sobre las cabezas de los que asistian á la universidad por primer año; y en seguida eran conducidos á la confitería, donde se veian precisados á rescatar sus prendas á cuenta de dulces. De nada servia el esconderse en los mas lóbregos rincones ó permanecer encastillados en sus casas, pues de allí eran estraídos mal de su grado, y tenian que pagar tanto mas, en razon á la rebeldía que habian opuesto. Ni menos servia el que tratasen de abandonar la *prenda pretoria*, que á veces no valia ni el equivalente de una libra de dulces, pues en tal caso se veian espuestos á perder pelo y orejas entre los dedos de los embestidores, ó ver su cara trasformada en escupidera, ó mas frecuente-

mente á ejecutar sobre una manta las piruetas que ensayó Sancho en el corral de la venta. En una palabra no habia mas recurso que ser mártir ó *pagano*.

Sucedió, pues, que en el dicho dia 17 de enero de 17... ocurrióle al Sr. corregidor de Alcalá dirigirse hácia el arco por debajo del cual se entra desde la plaza mayor á la de la universidad, en el cual habian fijado aquel año los estudiantes su plaza de armas: en vano algunos catedráticos y personas bien intencionadas le aconsejaron que no hiciese tal temeridad, pues se esponia á ver desairada su autoridad en medio de aquel bacanal escolástico, como les habia sucedido á varios catedráticos que se habian empeñado en tener leccion en aquel dia.

Pero el corregidor, que tenia los humos de justicia de enero, empeñóse en desmentir aquel dicho vulgar de «*Alcalá, que no hay justicia*», y revestido de su doble carácter de letrado y capitán á guerra, «veremos, dijo, si se atreven conmigo»; y se dirigió hácia los alborotadores seguido de *Guarduña*, el alguacil mas tremendo de cuantos alguaciles hubo. Acercóse, pues, á la universidad con semblante adusto y severo, y no tardó en verse envuelto por la chusma.

Furiosas y amenazadoras eran las palabras que llevaba preparadas; pero viendo las malas disposiciones del auditorio, que se traslucian en sus semblantes fisgones y truanescos, hizo lo que dijo Camoes del otro:

*Traidores, fue á decirles, y turbado
viendo cerca del pecho las cuchillas,
mudó la voz, y dijo: ¡Caballeros!
¿por qué infamais los ínclitos aceros?*

Pero como alli no habia ni aceros ni cuchillas sino *proyectiles subterráneos*, es decir, nabos y patatas, les dijo con el acento mas melodioso que pudo. «¿Serán ustedes capaces de insultar á todo un señor corregidor, capitán á guerra por S. M., y colegial mayor que fué de Bolonia?...»

Callaron todos sorprendidos de tan estraña alocucion, y ya iba á proseguir con aire triunfante cuando en mala hora y peor sazon salió del medio de la turba una voz diciendo «Que calle el Bolonio.»

– Bolonio á mí... voto á tal: con que á mí Bolonio; y la turba toda repitió que «calle el Bolonio».

- Voto vá que si llamo un escribano haré que me lo de por testimonio.
- Calle Bolonio, calle el Bolonio.
- Ustedes me la pagarán... ó yo no me llamára Antonio.

«Que calle el Bolonio» repitió la turba cada vez mas insolente, y el pobre corregidor, que en su juventud habia sido poeta, se esforzaba en vano en buscar términos disonantes, pues solo hallaba terminaciones en *onio*; de modo que diciéndoles que les valiera mas estarse estudiando que no revolviendo, por decir los Vinios dijo el Febronio. Sucédiale al pobre lo que á Ovidio cuando decia

«*Juro, juro, pater, numquãam componere versus*»

«*Et quod tentabat facere versus crat.*»

Aburrido el pobre corregidor, y viendo que principiaban á pasar de las palabras á las obras, obsequiándole con algunos disparos de *fideos de Fuencarral*, varió su plan de ataque, y trató de *mejorar de posiciones*, lo cual traducido del language estratéjico al paisanESCO, equivale á decir, «apretó á correr con el rabo entre piernas.»

Pero habiendo encontrado á *Garduña*, que era su reserva, y durante la accion habia permanecido á retaguardia, le dijo en tono imperativo: «embiste, *Garduña*».

- Señor, no embisto que soy alguacil de tierra.
- Embiste luego, *Garduña*, que no estoy para gracias.
- Señor corregidor, no es gracia que es justicia... ¿cómo quiere V. S. que arrostre una batalla nabal...?
- ¿Tiemblas, *Garduña*?
- ¡Yo temblar!!!!

Y *Garduña* que la echaba de valenton, y solia llevar desabrochada la chupa, porque vieran que era hombre de *pelo en pecho*, escupió por el *golmiyo*, y arremetió á la estudiantina, que le recibió con mas algazara que los indios á Hernan Cortés en la batalla de Otumba. Bien pronto desapareció el pobre alguacil en aquel *mare magnum* de manteos, á la mane-

ra que un naufrago lucha en medio de las olas embravecidas, y asoma de cuando en cuando la cabeza, y se sumerge al punto, y vuelve á aparecer y á sumergirse. Llovian sobre el pobre *Garduña* bofetones, empujones, repelones, torniscones, y todos los acabados en *ones* que indican golpes y coscorrones; y no fue eso lo peor, sino que luego que vino al suelo, ocurrióle á uno de aquellos diablejos gritar «ropa que hay poca»; y al punto principiaron todos á echarse encima del pobre *Garduña*, que yacía en suelo exánime y hecho un ovillo, como Sancho entre los paveses, cuando la alarma de la ínsula en la última noche de su gobierno.

Luego, pues, que estuvo *Garduña* como Vasco Figueiras *trionfante y farto das cozes*, levantóse como pudo; recogió su sombrero de tres candiles, y marchó en busca del corregidor, que las había *afufado*, luego que vió cual paraba la turba á su satélite.

– Señor, le dijo luego que lo vió, de cuantas averías he tenido, ninguna siento mas que esta.

– Ya se vé, como que es la que mas te duele ahora.

– No por eso, sino por que me han roto la vara.

– La fortuna que valia poco, pues estaba torcida.

– Torcida no estaba, sino un poco cascada; pero yo les aseguro que no contarán por gracia el haberla concluido de romper.

– Pues que piensas hacer cuando ni hay aqui tropa que nos ayude, ni durante este dia bacanal tienen respeto alguno á sus catedráticos.

– Yo sabré buscarlos cuando no esten juntos.

– Dices bien *Garduña*; y en verdad que no debimos atacarlos á todos juntos, pues según aquel axioma que dice: *vis unita fortior*...

Bien lo dije yo, Señor; pero ya *tarde piache*, y á fé que sin necesidad de latines los meta yo en la trena.– Y en efecto se dió tan buena maña, que ayudado de dos compañeros suyos, y un zapatero de viejo que llevaba prevenido, para que acudiese á las voces de «favor al rey» metió presos antes de anoecer cuantos estudiantes encontró desvandados por las callejuelas, alegando que eran todos ellos de los que habian insultado á la justicia por la mañana.

II

Hallábanse reunidos unos catorce estudiantes, todos ellos veteranos, y de lo mas aventajado de la universidad, en un cuarto bajo, apiñados unos sobre otros al rededor de una mesa, y estudiando simultáneamente, en un libro descuadernado y mugriento que solo tenia cuarenta hojas; cuando de repente vieron entrar al bachiller *Carraspera* sin sombrero ni manteo, todo espeluznado, y con los ojos desencajados que parecian saltarse de sus órbitas.

– Eso es, les dijo con desentonadas voces, vosotros aqui muy divertidos, mientras que la facultad peligra, y nuestro fuero académico queda hollado y abatido.

– ¿Y cuál es el peligro? preguntaron todos á una voz.

– Estais amenazados de ser en breve sepultados en una *lóbrega mazmorra* como lo estan ya *Cosme*, *Traganta*, el *bachiller Salomon*, y mas de catorce entre crasos y veteranos; y como lo estaria yo á no haberme valido de mis puños é industria escapándome por entre la horcajadura del esbirro *Garduña*, á quien logré de este modo arrojar al suelo.

– Ira de Dios, gritaron todos, eso pide venganza.

– Venganza no, gritó uno de los estudiantes, que se iba á graduar en teología, porque el vengarse es una cosa muy fea, y está prohibida: lo mas que podemos hacer es desquitarnos, porque sobre desquites no advierten nada los autores.

– Yo quisiera, dijo *Carraspera*, que la vista de esta sotana desgarrada por las impuras manos de los corchetes causase en vosotros la misma impresión que hizo en los romanos la túnica ensangrentada de Julio César.

– Mejor fuera traer un *poco de lo tinto* para hacer coraje.

– Venga, venga, gritaron todos; y poniendo la mano sobre la botella, dijo *Carraspera* con voz sonora y enfática:

Jurais por esto que tengo entre manos, que no habeis de beber mas que agua pura, ni con las damas folgar, y demas que en ello se contiene, hasta que hayais hecho con *Garduña* una de *populo bárbaro*....

– Juramos, gritaron todos; y en testimonio de verdad apuraron la botella *usque ad apices juris*, es decir, *hasta la pez del jarro*.

Procedióse en seguida á instalar un tribunal para sentenciar al reo, y despues de haberle acusado las tres rebeldías, se procedió á sentenciarle en debida forma: unos lo condenaban á seis carreras de baquetas, y otros á remojarlo en el pilón de la fuente.

– Eso seria una inhumanidad, gritó el bachiller *Pitillas* hacerle tomar baños estando el tiempo tan húmedo: mejor será ponerle unas ayudas de agua templada, que tenga unos 28 sobre cero, añadiendo por via de estimulante algunos polvos de pimenton picante.

– Nada de eso, dijo un estudiante de medicina, y ya que la cuestion de la pena que se debe imponer á *Garduña* ha venido á parar al terreno de mi facultad, soy de parecer que se ensayen algunas operaciones anatómicas, y supuesto que es alguacil de *capa* no seria malo hacerlo de *capadocia*.

Encrespábase la disputa, pues cada uno queria que prevaleciese su dictamen de justicia vindicativa; pero viendo *Carraspera* que la discusion iba á tener un final desagradable, cortó la disputa diciendo: «señores, creo que debemos tratar primero de coger al reo, y en seguida obraremos según las circunstancias».

Recibióse este dictamen con general aplauso á pesar de las protestas de alguno que otro, que hubiera deseado una determinacion menos equívoca.

Salieron pues á la calle provistos de garrotes, espadines, cuerdas y demás aprestos necesarios para aquel célebre hecho de armas. Asi que llegaron á la puerta del alguacil, aparentaron dos de ellos ponerse á reñir, gritando el uno de ellos, *ladron, ladron*: esta estratagema surtió el efecto deseado, pues *Garduña* asi que oyó la pendencia, arrojóse presuroso de la cama, y salió precipitadamente y á medio vestir, y como iba corriendo, tropezó en una cuerda, que habian puesto sus emboscados enemigos, y cayó de cabeza, dando una voltereta.

No bien habia caido cuando se renovaron sobre sus costillas el *zapatado* y la *zurribanda* que habia sufrido por la mañana, y en seguida le envolvieron en un manteo, y cogiéndole entre todos, lo arrastraron hácia la fuente del palacio.

Aturdido el pobre *Garduña* con tan inesperado contratiempo, y arrollado en el manteo, que le impedia el manejo de sus brazos, como si fuera una *camisa de fuerza*, se dejaba conducir sin resistencia; pero habiendo logrado sacar la cabeza, determinó probar el último recurso gritando con toda su fuerza «que me llevan los estudiantes», y esperando de este modo atraer en su favor á los vecinos que lo oyesen.

Apuradillo era el lance para los estudiantes, y aun algunos trataron de abandonar la presa, temiendo que salieran los vecinos a favor de la justicia; pero á todo suplió la sagacidad del bachiller Pitillas, que remendando al alguacil, gritó en falsete «que me llevan los estudiantes» y los demas gritaron lo mismo en favordon; y siguieron repitiendo á coro los gritos del alguacil ó *parodiando* los finales, de modo que si gritaba «socorro, vecinos, socorro» respondian los estuciantes *corro corro*; y si decia favor á la justicia, gritaban á coro *picia picia*; y todo ello alternando con sendos pellizcos y trompazos, hasta que tuvo que callar.

Sucedió, pues, lo que era de presumir, que los vecinos, creyendo que seria alguna broma de los estudiantes, dieron media vuelta entre las sábanas, y continuaron roncando, ó cuando mas maldiciendo el mal gusto del que tenia gana de alborotar á tales horas.

Con todo este aparato fue conducido el pobre *Garduña* hasta el pilon de la fuente, en donde le llevaron en alto, y despues de haberle cantado un solemne *gori gori*, sin hacer caso de sus inprecaciones ni amenazas, fue rebautizado por inmersión.

III

A la mañana siguiente no se hablaba en Alcalá mas que del trágico fin del desgraciado *Garduña*: la opinion mas general era que se lo habian llevado los demonios en cuerpo y alma, y esta se corroboró mas al ver unas tripas tiradas cerca del matadero, asegurándose que los diablos le habian arrancado las entrañas.

Los vecinos contaban con asombro y horror las voces que habian oido, y de boca en boca crecian y se exageraban. Una vieja referia que habiéndose ella asomado á la ventana habia visto toda la calle llena de un humo denso á manera de niebla, que no permitia ver nada: mas á pesar de eso, aseguraba que habia atisvado mas de mil diablos, negros como tizones, y con unas colas tan largas que se daban con ellas ocho vueltas al cuerpo. Aseguraba que habia visto sacar al alguacil por la ventana, y que habian echado á volar por encima de los tejados dando espantosos ahullidos, y dejando un olor de azufre intolerable.

Mientras que corrian estas noticias por el mercado y los portales de la calle mayor, cundió la voz de que en el chorillo habia un fenómeno, brujería ó cosa semejante, pero tan espantosa, que daba unos gritos formida-

bles, de modo que ni aun los perros se atrevían á llegarse al bulto, y quedaban como atontados ladrando al rededor.

Varios estudiantes que estaban por allí y fuera de la puerta de S. Bernardo, parecía que estaban como asombrados de tan espantoso suceso, asegurando que aquello era cosa sobrenatural: uno de ellos conjeturaba que aquella debía ser el alma en pena del alguacil *Garduña*, el cual como que había sido antes portero que guardian, (es decir, alguacil antes que diablo) habría jugado alguna treta á sus conductores, y se les habría escapado de entre las uñas, antes de entrar en el territorio de Pero Botero.

Pero al fin prevaleció la opinion del graduado en teología (el de la distincion entre venganza y desquite), que afirmaba, que aquella debía ser en efecto el alma del alguacil *Garduña*, la cual probablemente no habría sido admitida en el infierno, y citó en su apoyo varios textos del padre Martin del Rio, en su libro de *laudibus*, en que trata de duendes y brujas; y aun añadió que sería muy probable que se apoderase del primer cuerpo que se le arrimára. Huyeron santiguándose todas las viejas así que oyeron esto; pero viendo llegar en aquel momento las autoridades, pudo mas la curiosidad que el miedo.

Luego que llegaron estas, aproximáronse no sin algun temor hácia el objeto que escitaba la curiosidad general, y quedaron estupefactos al ver que era un bulto negro, con dos cabezas y seis patas: una de las cabezas era humana, y prorrumplía frecuentemente en gritos de dolor y cólera, que servían al mismo tiempo para espantar á los perros que le rodeaban, creyéndole su presa. Cuando llegaron al monstruo se troncó su admiracion en risa, al encontrar en vez de una alma en pena, al mismo alguacil *Garduña*, atado y metido en el cuerpo de una mula muerta.

- Vicente de la Fuente, «Costumbres Estudiantinas. La Tuna», *Semanario Pintoresco Español*, 8 de mayo de 1842, pp. 149-152.

En el tomo 1º. de la 2ª. série del Semanario pintoresco se habló ya de esta materia; pero con todo, es tan vasta y peregrina, que ofrece dilatado campo á la imaginacion. Yo había pensado escribir sobre ella lo que se llama una *obra lata*, poniéndole por título, *origen de la tuna y causas de*

su decadencia, con lo cual se hubiera dado cierta semejanza á la célebre obra de *Gibbon* sobre el imperio romano: pero como para esto tendría quizá que revolver todo el archivo de Simancas, que es cosa bastante pesada, me ha parecido mejor dar por ahora un trasunto de cierto manuscrito que escribió *el bachiller Sotanillas*, y me prestó la tía *Coleta*, sugetos á quienes ya conocerán los suscritores del Semanario, por el artículo de La fiesta de San Blas de Meco¹.

Dicho manuscrito está redactado en estilo y con método escolásticos, y ademas contenia algunas aventuras picantes, y ciertas palabras é interjecciones, que ha sido preciso suprimir en obsequio de la decencia.

Asi, pues, corregido, comentado y refundido, ha venido á quedar pasaderito, aunque siempre le queda cierto tufillo de aula. El manuscrito principiaba así.

«La tuna se define, una vida vagamunda y holgazana; pero en lenguaje estudiantil significa mas, pues equivale á divertirse, y comer sin estudiar.

Se divide en solitaria y simultánea.

La primera es cuando un estudiante se halla *declarado en trueno*; pero á pesar de eso continua durante el curso sus estudios, sin agregarse á ninguna pandilla, frecuentando la sopa de los conventos: (esta definicion es de *in illo tempore*).

La segunda es, cuando un estudiante se agrega con otros para *vivir á patio*, bajo las reglas de buena sociedad, y especular con su buen humor y sus instrumentos *pro pane lucrando*.»

Hasta aquí son palabras de Sotanillas: pero dejemos á un lado todas las teorías, definiciones, divisiones, subdivisiones, corolarios y escolios con que adornó su relacion, como igualmente la erudicion indigesta con que quiso hacer descender á los estudiantes de la tuna, de Homero, que recorría las ciudades de Grecia, cantando sus romances al son de su lira, y de los juglares de la edad media, que igualmente vagaban por los pueblos cantando al son de su bandolin, y haciendo reir á los ociosos con entremeses, á veces no muy decentes. En otra especie de disertacion, se empeñaba tambien Sotanillas en probar la utilidad de la tuna, enumerando las ventajas que de ello resultaban á los estudiantes pobres. Pero ade-

1. El dia 9 de enero de este año.

mas de que la mayor parte de estas razones han caducado ya, hay otras muchas en contrario para desear que desaparezcan cuanto antes.

Dejando, pues, aparte todo esto, pasemos á la narracion de las aventuras de Sotanillas, que constituyen lo que pudiera llamarse la parte práctica. El original decia así, sobre poco mas ó menos.

Habiendo recibido de mi casa una remesa para paga de medio curso, determiné hacerla productiva, poniéndola á ganancia, con cuyo objeto me dirigí á la calle de Santiago, donde habia una comision permanente de *cané*, presidida por un condiscípulo mio. Yo pensaba haber hecho con mis cinco *ojos de buey* (onzas de oro), el milagro de los cinco panes, pero me salió tan mal la cuenta, que en menos de media hora me quedé mas limpio, que patena de cura escrupuloso.

Salí de aquella casa cantando el Bartolillo, según aquella regla de que *cuando el español canta, ó rabia ó no tiene blanca*. Entonces si que conocí que habia echado la cuenta sin la huéspedea, pues al referir ingenuamente mi derrota á la desapiadada Coleta, se puso como una sierpe, y en vez de compadecerse, me insinuó sin andarse con rodeos que podia tomar la puerta cuando gustase, pues no quería *estudiantes de Valdivia*. Para que el descalabro fuese completo, se apoderó de toda mi ropa &c. á cuenta de atrasos, protestando que aun no alcanzaba á cubrir el deficit.

Cojí mi guitarra (tal era ella, que no la quiso á cuenta) y un tomo descabalado del Sala, y me eché á la calle diciendo con aquel otro filósofo, *omnia mea mecum porto*, es decir, «mi equipaje no paga portes.» De resultas de un escrupuloso reconocimiento que practiqué en los rincones de la chaqueta, y en las encrucijadas de los calzones, descubrí en la relojera de estos últimos (desalquilada desde tiempo inmemorial) una peseta pecadora, que se habia escapado del naufragio general, por un olvido involuntario. Calculé que en aquel momento, lo que mas falta me hacia era un bolsillo, y ya iba á comprarlo, cuando me acordé de que aun me faltaban la cuchara y la ortera, emblemas de la tuna y condiciones *sine quibus non*.

Llegaba ya con aquellos utensilios al arco de la universidad en direccion á S. Diego, cuando ví allí cerca en la misma plaza un coche de colle-ras que acababa de traer á un sugeto de Madrid; ocurrióme una idea brillante, y la puse en práctica sobre la marcha. Me acerco al cochero, y este me saluda con el inevitable: «¿Un coche, mi amigo?»

– ¿Cuánto quiere V. por llevarme hasta aquel convento?

– Dé V. pa una copa.

– *Ahi va*, que son palabras del caballo de copas, (y le dí todo lo que me restaba de la peseta); pero es preciso que vayamos á todo escape.

El cochero me miraba atónito: yo tomé posesion de la testera quieta y pacíficamente, y en un abrir y cerrar de ojos me hallé junto á la portería de S. Diego. Todos los pobres que estaban esperando el pote, se hicieron á un lado para hacer paso al caballero del coche, y alargaban una cuarta de geta para verlo. En esto bajo yo enseñando la hortera; los pobres se quedan absortos al vérmela, y yo con aire de superioridad les digo: «Hermanos, ¿qué tiene de estraño, que un aprendiz de ministro de hacienda venga en coche á la sopa de S. Francisco?»

Riéronse los pobres, y principiaron á echarme pullas; pero la pícara que me habia quitado mi dinero, no habia logrado arrancarme mi buen humor habitual, asi es que tenia para todos.

Salió el lego con la bazofia, y yo, llegándome el primero, le digo con aire marcial. – «Padre, eche V. bodrio.»

– ¡Oiga el insolente!, ¿dónde ha visto á la gracia de Dios llamarla bodrio?

– No hay que asustarse, hermano Legumbres, á gran cazada gran horterada.

– Pero viendo que no me echaba mas que caldo de por encima, le digo: «Hermano, eche *de profundis*.»

Cansado el pobre lego de mi locuacidad, alzó el cucharon, y me respondió: – Tome *de clamavis* –. Al mismo tiempo me sacudió con el cucharon un porrazo, que me entró el sombrero hasta los ojos, y me dejó hecho una sopera.

En tal estado marché hácia la Redondilla, en donde habia entonces una *leонера* (receptáculo de sopistas), dirigida por un tal S... que contaba 30 años de estudiante de la tuna, y nunca concluia la carrera.

Conociendo el buen humor de mi padre, que era poeta, y que en sus juventudes habia corrido las mismas aduanas que yo, me decidí á escribirle una carta en verso dándole parte de mi situacion, y le dije asi:

Padre querido,
 envíeme V. letras,
 que estoy *perdido*.

Pocos dias despues recibí una carta suya, que me regocijó el corazon, pues por el peso se conocia que traia tripas. Calculé que indudablemente le habia hecho gracia mi carta, y que á vueltas de saludables represiones y consejos me enviaría el cuervo de la providencia, trayéndome, no como quiera un mendrugo, sino aquellas tiras de papel que aunque las llaman letras, no están en el alfabeto. Pero fue harto cruel mi desengaño, cuando en vez de ellas, me encontré con estos versos leoninos, género de poesía al cual es muy aficionado mi padre.

¿Me pides letras,
 trasto maldito?
 toma ese alfabeto
 todo enterito.

Y me enviaba todo un abecedario completo, con todas sus letras dobles y demas superfluidades.

Estuve casi para desesperarme, pues no solo me hallaba sin recursos, sino lo que es aun peor, sin esperanza de tenerlos en mucho tiempo, ni aun podia pagar los ocho cuartos diarios que pagábamos por la casa y por un colchon tan desvencijado como mi persona. En aquel momento hubiera yo tomado dinero, aunque fuese hipotecando para el pago la primera toga que me hubiesen de dar; pero hallé ninguno que quisiese admitir tal fianza, hasta que por fin un tuno de profesion me prestó hasta 12 reales sobre el manteo y los calzones, únicas prendas que estaban de buen servicio, pues las demas se hallaban en pie de guerra.

Por fortuna, pocos dias despues llegaron las vacaciones de Semana Santa, y viendo que el tiempo ofrecia bonanza, nos decidimos á levantar el campamento, y hacer una excursion por la provincia de Guadalajara.

II

Eramos siete los que salimos de Alcalá con dos guitarras, clarinete y violin, pandereta y un salterio, que servia mas para llamar la atencion á los patanes, que de armonia, pues apenas tenia cuerdas. Yo tocaba mi gui-

tarra punteada, y en la otra rasgaba uno que llamábamos *Pocosebo*. La pandereta la tocaba *Ruleta* (el partícipe de mis calzones), y llevábamos de *postulante* á uno que se llamaba el *Romo*, que aunque no tenia estudios, podia graduarse de doctor de *gramática parda*. Escepto este, todos los demás éramos personas decentes, solo que habíamos venido á menos. Con todo, teníamos que valernos de él, porque era de mucha travesura y bastante desvergonzado, aunque oportunísimo y de felices ocurrencias, cualidades todas muy necesarias en un buen *postulante*, que viene á ser el alma de la compañía. Pero por otra parte era tan sison, que parecia haber estudiado con algun dispensero, de modo que cuando íbamos á entrar en algun pueblo de consideracion, subastábamos la limosna, y el que mas pujaba hacía de *postulante*, y se quedaba con todo lo que recogia, despues de entregar al fondo comun el tanto en que se habia convenido.

Despues de algunos dias de correría llegamos á Uceda, á tiempo que estaban reunidos allí muchos curas y vecinos de los pueblos inmediatos, con motivo de hacer una romería á la *Virgen de la antigua* para pedir agua.

Luego que llegamos allá, nos rodeó una turba de curiosos que nos acosaban con pullas, aunque á vueltas de ellas venian las pesetas y los tragos. Pasamos por junto á un corro de curas; estaba en medio de ellos un jóven, que tenia traza de ergotista, y disputaba con los otros con toda la fuerza de sus manos y pulmones. Luego que nos vió se encaró conmigo, y me preguntó: ¿qué estudiábamos? Deseando yo huir contestaciones, le respondí que aprendíamos náutica.

Quedóse parado el pobre hombre; pero reponiéndose algun tanto, me dijo: ¿*Quid est náutica*?

– *Exipitandum adorcós et porsartitum aberruncandus oblatero.*

– Hombre eso parece latin, pero yo no lo entiendo.

– No es estraño, son términos técnicos.

Viéndose cortado el argumentante, principió á llamarnos vagos, holgazanes, repitiendo que éramos unos tunos, ¡cómo si nosotros no lo supiéramos!

Al oir yo que así nos llamaba, alargué la mano diciéndole:

Pues señor mio, *tu-nos ab hoste proteje*, que son palabras de completas.

Riéronse todos los de atrás, y el pobre ergotista, confuso y atortolado, nos volvió la espalda, ínterin que los compañeros me saludaban con el *optime trompetasti*, que era nuestra señal de aprobacion.

Llegamos al dia siguiente á un pueblo, de cuyo nombre no quiero acordarme, y por la noche estuvimos dando música en una casa en que habia baile; y fue tan generoso el amo, que despues de estar tocando tres horas, nos dió una peseta. Devolvimosela dándole gracias por su esplendidez, y ofreciéndole un duro si le hacia falta. Guardóse la peseta, rióse de nuestras pullas, y por mucho favor nos permitió subir á dormir en el pajar, por ser ya muy tarde. Costóle bien cara su hospitalidad.

El *Romo*, que tenia malas entrañas, quería nada menos que pegar fuego al pajar; pero esto lo repugnamos todos, pareciéndonos escesivo y de consecuencias funestas y trascendentales para nosotros, y para el resto del pueblo que estaba inocente. Estábamos meditando qué represalias tomaríamos, cuando hallamos una abertura para salir al desvan, y viendo que entraba luz por un agujero practicado en el suelo, nos asomamos á él, y vimos con no poco regocijo, que iba á dar sobre la cama del *rico avariento*, como nosotros llamábamos al huesped. Este, por lo que observamos, vinimos en conocimiento que dormia en una cama colgada, de aquellas que usaban antiguamente las personas amigas de comodidades; las cuales, para librarse de inoportunos insectos, hacian suspender las camas en el aire por medio de unas cuerdas que atravesando el techo, iban á parar á un torno, colocado en la habitacion de encima. De este modo quedaban en el aire, y podian dormir columpiándose suavemente como los niños en la cuna.

Mucha estrañeza nos causó el ver aquel artificio para nosotros desconocido, y cada uno proponia el medio que mejor le parecia, para hacer una burla á nuestro generoso huesped; pero prevaleció por mas sencillo el que propuso *Ruleta*, encargándose de la ejecucion. Tratamos, pues, ante todas cosas, de asegurar la retirada, lo cual logramos fácilmente descolgándonos por la cuerda, y la polea que había sobre la ventana del pajar, para meter la paja. Poco rato despues sonó un grande estrépito, y al mismo tiempo *Ruleta*, que era ágil como un gato, se descolgó él solo por la cuerda, y todos apretamos á correr.

Según nos contó este, su primera operacion fue subir la cama con mucho tiento hasta una altura escesiva, lo cual pudo hacer muy bien, pues habia una lamparilla en la alcoba, que le favorecia para ver lo que ejecu-

taba. En seguida ahuecó la voz llamando al amo por la abertura practica-da en el techo: alzó él la cabeza despavorido, y tratando de incorporarse en la cama medio soñoliento, se pegó un coscorrón contra el techo, que le obligó á bajar la cabeza mal de su grado. Á las voces acudió un criado medio en camisa, y no viendo la cama en el sitio acostumbrado, y oyen-do los lamentos del amo sin ver casi de donde salian, se limpiaba los ojos muy apriesa. Entonces *Ruleta* soltó de repente las cuerdas, y la cama vino al suelo con grande estrépito y no poco perjuicio del amo y del criado, á colegir por los lamentos que se oian.

Por lo que hace á nosotros, no tratamos de averiguar el éxito, y corri-mos toda aquella noche sin saber qué direccion llevábamos, y temiéndo-nos que los del pueblo viniesen en nuestra busca. Luego que amaneció descansamos largo rato en una arboleda, á orillas del Jarama, y por la tarde llegamos á Torrelaguna. Un viagero curioso y entusiasta hubiera ido al momento á visitar los retablos de su célebre iglesia, el epitafio de Juan de Mena, y la casa nativa de Cisneros: los estudiantes de la tuna tenemos mas prosa, y por tanto nos dirigimos á la taberna, sin dársenos un ardite por todos los recuerdos monumentales y arqueológicos. Desde allí salimos á correr las calles, segun nuestra costumbre, y cuando menos lo esperá-bamos, vinimos á purgar nuestras represalias de la noche anterior.

Llegamos á la plaza, y estábamos allí muy divertidos tocando nuestros instrumentos, cuando de repente abrieron una puerta del corral inmedia-to, y se abalanzó contra nosotros un torete de tres años, que nos embistió en un abrir y cerrar de ojos. Sorprendidos con tan inesperado ataque, ape-nas tuvimos tiempo para arrojar los instrumentos, y nos pudimos refugiar con mucho trabajo en un emberjado de hierro que hay en la plaza, alre-dedor de una cruz ó humilladero.

El pobre *Romo* fue el que pagó por todos. Estaba aquel dia de *postu-lante*, porque habia pujado la colecta de Torrelaguna en 26 reales. Hallá-base, cuando salió el toro, de espaldas á la puerta, mirando á un balcon, donde estaban unas señoras, á las cuales estaba recitando el romance del estudiante:

Ego scholasticus pauper
aunque en letras consumado
no puedo menos *dicendi*
magnum illud operatum.

El pobre no vió al toro hasta que le avisó este su arribo, con una cornada que le rasgó todos los calzones, y *ainda mais*. Entre tanto nosotros estábamos metidos entre las berjas, como loros en jaulas. Aquellos patanes se reían de nuestro apuro á moco tendido, y ya los chicos principiaban á tirarnos pedradas, de las cuales apenas nos podíamos guarecer, cuando por fortuna llegó el alcalde, mandó recoger el toro, y llevar al hospital á nuestro compañero, que se estaba desangrando, y los autores de la burla á la carcel. A nosotros nos mandó evacuar el pueblo sobre la marcha, y por mucho favor nos permitió estar hasta antes de salir el sol.

Acogímonos á casa del cortador, con quien habíamos hecho amistad en la taberna, y el pobre hombre se esmeró en obsequiarnos. Al ver unas tripas que tenia colgadas en el techo para hacer embutidos, ocurrióle al diablejo de *Ruleta* una idea soberbia. Se las compramos al cortador sin decirle el objeto, y despues de haberle hecho algunas preguntas para informarnos mejor, salimos de su casa dos horas antes de amanecer.

Al salir por la puerta de Buitrago hay una fuente de aguas gruesas, de la cual usa casi todo el pueblo, por hallarse enteramente inutilizado un famoso aqüeducto que hizo el Cardenal Cisneros para surtir de aguas á su pueblo, en el cual gastó cerca de un millon. Según la idea que llevábamos, atamos el un extremo de la tripa al caño de la fuente, y metimos el otro extremo por un agujero de la puerta de una casa donde vivia uno, que, segun la relacion del cortador, habia tenido mucha parte en nuestra burla. Con este artificio, y sosteniendo nosotros con nuestras manos aquel improvisado aqüeducto, hicimos pasar toda el agua de la fuente á la casa, y en poco mas de una hora inundamos el zaguan, y parte de la cuadra y la bodega. Ya nos íbamos á retirar, cuando principió á ladrar el mastin, que sin duda se mojaba, y las gallinas armaron un gran cacareo, porque les llegaba tambien su inundacion: oyendo esto, nos apresuramos á esconder la tripa, antes de que pudiese descubrirnos. Entretanto el amo, desvelado con los ladridos, baja la escalera, y al llegar al último escalon, resbala y cae al charco. Atónito y confuso sube arriba, dándose coscorrones por las paredes, abre una ventana, lanzando desaforados gritos, y al mismo tiempo recibe una buena pedrada de mano de *Poco sevo*: entonces pudimos nosotros decir, según aquel antiguo idiotismo; *que habíamos salido á mocha por cornada*.

Dos días despues llegamos sin mas novedad á nuestro cuartel general de Alcalá de Henares. Luego que dimos vista á la ciudad, nos sentamos sobre el cerro del Angel, desde donde se disfruta una estensa, sino her-

mosa, perspectiva de Alcalá, y su dilatada campiña. Tendimos los manteos en el suelo, y despues de haber pasado á cuchillo (ya que no á tenedor) todo el resto de nuestras provisiones de boca, principiamos á partir los fondos, *inter presentes*, á uso de Universidad, pues con el *Romo* no se contó, por haberse quedado en Torrelaguna harto mal parado.

Eran los fondos 367 reales y algunos maravedises, y ademas un cubierto de plata que se habia encontrado *Ruleta* en la cocina del *rico avariento* (por supuesto antes de perderse.) Partimos, pues, á 3 duros por barba, y echamos el resto al as de oros, como igualmente el cubierto.

Ya que teníamos tendidos los manteos y el barro á mano, no quisimos perder la ocasión. Echó *Ruleta* dos cartas, y luego otras dos; salió as en puerta y el rey á la vuelta, y quedó armada *la gloriosa*. Aquel dia estaba yo de suerte, y asi fue que les gané casi todo el dinero que acabábamos de partir, y algo mas de sus ahorros, llegando á reunir cerca de dos onzas de oro, con las cuales me creí mas rico que Creso.

La fortuna me hizo insolente (como suele suceder), y no contento con haber ganado el dinero á mis compañeros de tuna, les apuré la paciencia, de modo que *Ruleta*, que habia quedado sin un cuarto, ni esperanza de tenerlo, me pegó una puñada que me baño las narices en sangre. Declarándose todos contra mí, y despues de insultarme tuve que darles el barato.

Con esto me decidí á separarme de tan honrada compañía, y entré por la puerta de Santiago triunfante con 100 reales, y las narices rotas.

Iba pensando interiormente en las vicisitudes de mi suerte, y tarareando entre dientes la coplilla de la *tira-floja*:

á la tira-floja perdí mi caudal,
á la tira-floja lo volví á ganar.

Y me dirigía á casa de la Coleta para insultarla á mi placer, cuando se interpuso un bedel y me mandó seguirle á la cárcel de la Universidad. Allí encontré á mis compañeros de peligros y de fatigas, conducidos para purgar, como yo, las bromas de tierra de Uzeda y de Torrelaguna, que ya habian llegado á noticias del tribunal académico.

En la cárcel lo pasamos bastante bien, porque.... pero esta ya es harina de otro costal.

Por fin, despues de recibir una carta muy larga y muy desabrida de mi Padre, los consejos amorosos y los socorros secretos de mi madre, una reprension y apercebimiento del cancelario de la Universidad, y la intimacion del catedrático de quedarme al cursillo, salí de la cárcel, y me dirigí á casa de la Coleta, la que me admitió á su gracia y me devolvió la ropa, mediante á que ya estaba reintegrada de sus deudas, y pagada hasta fines de curso, por órden de mi padre.

El manuscrito concluia con estas palabras. «En cuanto á las lecciones que aprendí en la tuna, renuncié por entonces su práctica, pero no he olvidado aun la teoría.»

- Un Estudiante, «Costumbres Estudiantinas. El Día de San Lucas o de la Matrícula», *Semanario Pintoresco Español*, 30 de octubre de 1842, pp. 348 y 349.

Si la recopilacion de algunos hechos periódicos merece el nombre de Fastos, ninguna mas que la de los hechos estudiantiles, sus bromas y festividades, sus prácticas y usanzas. En efecto, casi todas ellas van exactamente arregladas al Calendario, y á la manera que los fastos romanos significaban en su origen los dias en que podian verificar los juicios solemnes, en los fastos escolares cada santo de alguna nombradía ofrecia alguna práctica especial. Asi, por ejemplo, la Concepcion y S. Fernando recetaban comunión, bajo el antiguo régimen, como si dijéramos, durante los siglos medios; la Virgen de la O y la de los Dolores anunciaban vacaciones; S. Blas y S. Anton ya pueden ustedes ver, *ubi supra*¹, como dicen los curiales, y asi de otros muchos santos á este mismo tenor. Pero entre todos ellos ninguno era tan célebre como San Lucas, el cual desde tiempo inmemorial estaba en posesion de ser el portero del curso, como San Pedro lo es del cielo, segun dicen los cuentos antiguos, por lo cual un estudiante tuvo la humorada de pintar á S. Lucas con las llaves de la Universidad en la mano. Asi, pues, el nombre de San Lucas era como sinónimo de principio de curso, y como tal lo designaban hasta las canciones populares, una de las cuales dice:

1. En los números 3 del tomo 6.º, y 2 del 7.º del Semanario.

A un estudiante adoro,
¡ay de mí triste!
En llegando S. Lucas,
tú que lo viste.

Porque en efecto, S. Lucas solia poner término á los amores de vacaciones, que como veraniegos se agostaban facilmente.

Pero como en el día una de las calamidades que aquejan á los que tienen algun destino es la cesantía, ni aun los Santos se ven libres de ella, es decir, en lo que alcanza á dejarlos cesantes la mano del gobierno: asi es que S. Lucas ha quedado cesante del sosodicho empleo, por efecto del progreso del curso, que se ha estirado desde primeros de octubre hasta fines de junio, y ainda mais para algunos cursos.

Antes de que S. Lucas quedase agregado á las clases pasivas, su día era celebrado con raudales de elocuencia: los moderantes de oratoria (esto de moderantes era muy alegórico) recitaban ante los claustros sus retumbantes inaugurales, y los dómines de gramática, que tambien abrian aulas en los pueblos, aturdian con sus *oraciones retóricas* á los respetables concejales, que asi los entendian como por los cerros de Ubeda. Algo de esto se conserva aun en algunos establecimientos literarios, y por tanto aconsejamos á los curiosos que no pierdan la ocasión, pues al paso que van las antiguas usanzas, pronto entrará tambien esta jurisdiccion en los anticuarios.

Concluida esta ceremonia quedaba abierta la matrícula, y los estudiantes podian acudir á la secretaria á depositar sus nombres, y *por cuanto vos contribuisteis*, como dice la Bula, quedaban matriculados para aquel curso. Con todo, esta retribucion era antes tan módica, que en algun tiempo solo se pagaban en la Universidad de Alcalá cuatro cuartos al secretario por razon de la firma. Ahora gracias á Dios se pagan 160 rs., y dentro de poco serán 320, si asi les cumple á los padres de la patria. De modo que en aquellos tiempos de oscurantismo y de tenebregura los hombres eran unos bolos, pero habia para todos, sin necesidad de entorpecer carreras, ni subir matrículas. Ahora, loado sea Dios, llenos como estamos de ilustracion, no nos falta sino sarna que rascar á pesar de la emigracion, que no es floja, y de las guerras, que no son blandas, están todas las carreras llenas de gente, como el camino del infierno. ¿Quiére V. abogados, médicos, empleados, militares ó comerciantes? Á buen seguro que encuen-

tre V. en cada pueblo mas de los necesarios, y en cuanto á los primeros Dios nos asista.

Cuando no se pagaba de matrícula mas que un duro en el primer curso, y una peseta en los restantes, es decir, del año 24 al 29 en que principió ya la subida, las costumbres de matrícula eran muy diferentes de lo que son en el dia; por tanto vamos á presentar á nuestros lectores un pequeño bosquejo de la matrícula estudiantil de aquella época, fijando por teatro de ella la Universidad de Alcalá, para que todo ello huela á epitafio y *requien aternam* (como víspera de ánimas), puesto que ya se acabaron aquellos usos, y se concluyó aquella Universidad. Para ello acurrucados en un rincon de su nunca barrida y polvorosa secretaría, veremos desde allí deslizarse los grupos estudiantiles, como las sombras al través de los cristales de la linterna mágica.

Hé aquí que llega un grupo numeroso de personas de ambos sexos, que no parece sino que van á un bateo. Marchan delante dos estantiguas de larga fecha, y en pos de ellos una respetable matrona con su correspondiente escolta de pasiega y chiquillos, entre los cuales, y pegado á su madre, se descubre apenas un muchacho de 12 años con sus correspondientes bayetas y tricornos: aquel muchacho es como si dijéramos el protagonista de la funcion. El abuelito lleva la palabra, y encarándose al secretario le dirige su correspondiente saludo entre repetidas cortesías.

– Beso á V. su mano.

– ¡Qué hay en que servir á V.?

– Vengo....

– Es decir, venimos.

– Cabal: venimos, pues, á tener el honor de presentar á V. á mi nietecito D. Fernando Federico Enriquez y Mimon, marqués de la Cebolla, en futuro imperfecto, que acaba de salir del seminario de Nobles, y viene á matricularse en *primer año de lógica*.

– ¿Y las señoras, vienen tambien á matricularse?

– No Señor, pero he querido que nos acompañasen á un acto tan solemne y satisfactorio para toda la familia.

– ¡Virgen Santa! pues el dia en que tome la Borla se nos vá á venir encima todo Madrid, con la música de Alabarderos por añadidura.

Concluida la revision de papeles, el nietecito, acompañado de sus acar-tonados abuelos y comparsa, pasa á ser examinado de gramática latina.

Viene en seguida otro estudiante, que según el desenfado con que lleva el manteo, caído de los hombros, como mantilla de manola, parece ya veterano. Saca su hoja de servicios, ó como decían entonces el *pasa-hábil*, y pide la matrícula en tercer año de filosofía. El secretario le pide el libro de la asignatura, y no teniéndolo el estudiante se suspende su matrícula hasta tanto que lo presente.

Es de notar que habia entonces una oficina, la cual oficina se llamaba la inspeccion de estudios (q. s. g. h.). Una de las humoradas que tuvo esta buena señora fué el hacer con los libros lo que los antiguos llamaban un *monipodio*, y ahora las gentes dicen un servicio.

Para ello mandó que no se matriculase en lo sucesivo á ningun estudiante sin presentar al mismo tiempo el libro de testo correspondiente á su curso, y no como quiera, sino adornado en su portada con un sello de dicha inspeccion, á guisa de género registrado en la aduana. De ahí vino semejante á una inundacion la multitud de ejemplares del Guevara, que habrán podido ustedes ver durante las ferias durmiendo sobre sendos pedazos de estera vieja, y en buena paz y compañía con las guias atrasadas de forasteros.

Bien es verdad que la inspeccion se las habia con buena gente, y ella á poner la ley, y ellos á poner la trampa, nada tenian que echarse en cara. Véase sino, como el susodicho estudiante pide á un compañero suyo la filosofía moral de Jaquier, que es el libro que tiene que presentar, y vuelve con él á la secretaría como en triunfo. Por desgracia aquel libro, si bien lleva el sello de la inspeccion, lleva tambien en la portada una firma del secretario que indica que ha sido ya presentado á matrícula. El secretario vé su firma y conoce aquel libro que en poco rato ha estado cuatro ó cinco veces en sus manos, autorizando otras tantas matrículas de tercero de filosofía.

Conociendo, pues, que el tal libro debe saber muy bien el camino, lo tira al patio diciéndole al estudiante: «déjalo ahí, verás como vuelve él solo á la secretaría.»

Llega en seguida un estudiante de la tuna, que principió el curso en Santiago y le concluyó en Valencia: no trae la certificacion, porque asegura bajo su palabra que se la robaron en el camino, y se queda sin matrícula hasta que los ladrones se la vuelvan. Un estudiante con bigotes pide que le pasen dos años de servicio militar por dos de leyes: el secretario le envia á que los pase por medicina, que tiene mas conexion. Otro pide la

certificacion de lójica para pasar á veterinaria; un forastero, es decir, estudiante de otra Universidad, viene á incorporarse á esta, y tiene que esperar á que vengan las acordadas, y finalmente uno que salió reprobado á fines de curso, pide segundos exámenes.

Desembarazada algun tanto la secretaria de esta turba, llega un chucuelo de ojos azules y nariz roma, con su manteo arrastrado, y su tricordio de forma antigua.

Manifiesta al secretario desde un principio que es sobrino de Fr. Berengario de la Transverberacion. El secretario se entera por su certificacion de haberse examinado de gramática latina, y antes de pasar á matricularlo le exige el juramento de obediencia.

– ¿Juras obedecer al Sr. Rector de esta Universidad, *in licitis et honestis*?

– Si juro.

– Pues dame un duro.

– Eso si que no, que ya me ha dicho mi tio que no me deje engañar.

– ¿Y no te ha dicho tu tio que tenias que pagar 20 rs. por la primera matrícula?

– A otro perro con ese hueso: ¿quiere usted una peseta y matricularme?

– No hijo, te he pedido lo último: aqui son precios fijos.

Entonces el futuro lójico vá á consultar con su tio la dificultad, ó si podrá sacarse la matrícula en diez y nueve reales.

Llega otro estudiante á pedir la matrícula para sí y para su primo: la del primo se le niega, porque se exige que la matrícula sea personal. El estudiante no se aburre por eso, porque todo se reduce á que otro amigo tome el nombre y voz de su primo, y se presente como tal.

En esto dan las 12 en el mal parado reló de la Universidad, y el secretario suelta la pluma y cierra la puerta, y la matrícula hasta el dia siguiente, á la manera que los albañiles, si dan las 12 cuando están subiendo un cubo de agua, lo sueltan sin concluirlo de subir. Por fortuna han desaparecido ya muchos de estos usos, ó han sido reemplazados por otros nuevos: especialmente en Madrid la matrícula es en el dia lo mas sencillo del mundo. Un estudiante que quiere matricularse, tiene que ir á la secretaria de la Universidad, donde le darán una papeleta para que suba á la contaduría, y allí le darán otra para que con ella atraviese todo Madrid de

punta á punta (si es que no vá por las afueras), y se presente en la contaduría de la Direccion de estudios, en donde le darán otra para que baje á la depositaría, y allí, despues de aflojar la mosca, le pondrán el recibí, y sin tomar aliento podrá principiari otra vez á desandar el camino, cuidando de volver á la secretaria con algun conocido ó desconocido que haga el papel de *babieca*, como decian los antiguos, ó fiador, como decimos ahora, requisito sin el cual en este valle de lágrimas, que llaman España, no puede uno ni aun matricularse. Por esta razon algunos estudiantes (blasfemos por supuesto) comparan la matrícula á la pasion de nuestro Sr. Jesu-Cristo, el cual fué llevado de Anas á Caifás, de Caifás á Pilatos, de este á Herodes, y de Herodes vuelta á Pilatos que lo mandó crucificar.

- Vicente de la Fuente, «Costumbres Estudiantinas. Las Vacaciones», *Semanario Pintoresco Español*, 14 de enero de 1844, pp. 14-16.

Los estudiantes en vacaciones vienen á ser como los cómicos en cuaresma, y los militares con licencia temporal; es decir, unos seres que están fuera de su elemento, y colocados en una posicion escéntrica. Por consiguiente, sus costumbres en tal situacion deben ser muy diferentes de lo que solian en su estudio habitual; habiendo entre ellas la diferencia que media entre la accion y la quietud, del movimiento á la inercia. A pesar de eso, como el ser estudiante no indica que se estudia, sino que se debe estudiar; y como no todos los estudiantes comprenden la deuda que su nombre les impone, de ahí es que se encuentran á veces estudiantes, cuyo estado normal es la inercia. Pero no todos son asi, y el que haya un vago, no indica que todos lo sean, porque al fin una golondrina no hace verano. Por lo que hace á las vacaciones, la estudiantina tiene algo de comun con el ganado trashumante (mejorando lo presente), pues á la manera, que este cuando principia á barruntar el calor se impacienta de hallarse en la tierra donde pasó el invierno, y á veces á despecho de los pastores principia á caminar hácia donde suele pasar el verano; asi el estudiante, al llegar el mes de Junio, siente unos fuertes conatos de perder cuanto antes de vista la Universidad, y se impacienta contra el Rector, y el gobierno, y cuantos le aumentan un solo dia de curso. A veces llega su furor hasta el punto de hacer con las autoridades, lo que los judios con S. Esteban, y testimonios recientes pudiéramos citar de autoridades superiores, que sufrieron tablo-

nazos y pedradas por este motivo. Pero no es comun que la esplosion de su furor llegue hasta tal punto, sino que mas bien prefiere desfogarlo contra los inocentes y harto destrozados enseres de la Universidad, levantando el embaldosado, rompiendo puertas y vidrios, y alborotando con algazara infernal.

Por fin, concluidos los exámenes, llega la hora tan suspirada de regresar á la casa paterna, bajo cuyo nombre se comprenden tambien las casas de los tios, que no tienen denominacion especial. Antiguamente el estudiante regresaba á su casa á pie y cuando mas montado en una burra, y con gran maleta ó *portamanteo*, como el que encontró Cervantes pocos dias antes de su muerte, segun refiere en el prólogo de *Pérsiles*. De aqui vino la espresion de *enviar la burra*, que significaba esperar á un estudiante, que venia de vacaciones. En el dia las cosas han cambiado, y gracias á los adelantos de la civilizacion, la mayor parte de los estudiantes puede regresar á su casa en rotonda ó cupé, ó cuando menos en galera ó mula. Solamente algún filósofo se toma la molestia de regresar en burra, y alguno que otro teólogo á pie; aunque con la precaucion de llevar unas espuelas en el bolsillo, para ponerselas á la entrada del lugar: con esta medida queda bien puesto el honor del pabellon, aun cuando haya hecho el viage á guisa de *Apostol*.

Al llegar el estudiante á su casa, recibe los abrazos de toda su familia y parentela, saluda con gravedad á todos, y habla con énfasis de las últimas noticias, y principalmente de la guerra que va á estallar entre los Estados Unidos y la Confederacion germánica, sobre el reparto de la frontera, cosa que deja aturdido al Cura, y hace al Alcalde dar diente con diente. A veces para mostrar sus adelantos, hace alarde pedantesco de varios términos facultativos, y grandes latinajos, como hizo aquel de quien se refiere, que reprendió al perro porque le ladraba, diciéndole, *perriquis miquis ¿non me cognoscis, qui sum amico tuo, qui venio de Salamanquinis?*

Concluido el ceremonial de hacer y recibir visitas, queda el estudiante dueño suyo, por espacio de cuatro meses, con la precisa obligacion de no hacer nada. Pero no se crea por eso que el estudiante vaya á estarse cuatro meses con los brazos cruzados: antes por el contrario, trata de realizar en compañía de sus amigos los dorados ensueños, que bullian en su imaginacion durante la cátedra, mientras que el profesor al ver su inmovilidad le creia absorto en sus esplicaciones. En una de ellas oyó quizá decir al catedrático (furioso cazador con galgos y caballo), que no habia en este mundo mas felicidad que el cazar, porque como decia el Rey *sábio* en uno

de los títulos¹ de las Partidas «E sin todo aquesto da salud (la caza) ca el trabajo que en ella toma, si es con mesura, face comer é dormir bien, que es la mayor cosa de la vida del ome.» Al oír esto, en vez de atender mas á los comentarios del catedrático, su imaginacion principiò á vagar por los campos de su pueblo, y por los cerros y collados llenos de bocas y madrejeras, que sirven de albergue al inocente conejo. En virtud pues del propósito que hizo aquella tarde, y como fiel observante de la ley, se levanta á las nueve; (el estudiante suele tener el instinto aristocrático de no madrugar), y come á discrecion, porque como dice la ley, el comer y el dormir bien, son la mayor cosa de la vida del ome. Resta solo cumplir el otro extremo, relativo á la caza, para la cual empuña una enorme *espingarda* (vulgo escopeta), que sirvió á su visabuelo en las guerras de sucesion, alhaja vinculada en la familia, y salvada con esmero de todos los compromisos políticos. En seguida, á falta de chismes se reparte la pólvora en los bolsillos de la chaqueta, y los perdigones en los del pantalon: cuelga de su cintura una vetusta canana con cartuchos de bala, y al lado un cuchillo de monte (arma de primera necesidad para el cazador de pájaros), y por complemento de su equipo, botines y sombrero de ala ancha. En tal estado se mete por los rastros y barbechos en busca de codornices y alondras. A falta de estas, dispara su escopeta á cuantos perros y pollinos ve á tiro, y si no encuentra ni aun esta *caza mayor*, carga con bala y tira al blanco contra los árboles mas corpulentos del monte. Al ver el agujero que ha hecho en uno á distancia de cincuenta pasos, saca el cortaplumas y hace una incision encima, con las iniciales de su nombre y apellido, v. gr. F. F. F. *Franciscus Fernandez fecit*. En seguida se retira á su casa mas orgulloso que el granadero francés al inscribir en las pirámides de Egipto *route de París*.

No se crea por eso que el estudiante en vacaciones no haga otra cosa que cazar; su vida es mucho mas variada. Unas veces á pretexto de un pleito ó con cualquier motivo, marcha á otro pueblo donde hay un compañero, con el cual pasa unos dias de bureo. Otras se deja obsequiar por la parentela, que mira en él su futuro apoyo. Además de eso, es abonado á todas las romerías y fiestas de los lugares inmediatos. En ellas alterna con los Curas y gente formal, en el coro, en la mesa y en la malilla. Si hay algun baile de candil, tiene que empuñar una guitarra y formar parte de

1. Partida segunda, tit. V. Como el Rey debe ser mañoso en cazar.

la orquesta, alternando con el sacristan y el boticario; pero si sale á lucir las piernas, en tal caso su voto es decisivo en materia de contradanzas y rigodones.

Aunque la ley de Partida, arriba citada, no dice cosa alguna de amorios, el estudiante ha visto libros que aseguran ser el amor *la mayor cosa de la vida del ome*. Por ende dirige sus obsequios á cualquiera de sus vecinas, bien sea alguna prima, ó la sobrina del Cura, ó en último recurso, á la hija del pregonero; porque como aquellos amores son agostadizos, no tiene empeño en que *la reina de sus amores* (título pomposo que da á su veraniega prenda), reuna las cualidades de riqueza, hermosura, virtud y nobleza que exigen las Partidas en la esposa del Rey. Y vean Ustedes de paso una cosa, en que no conviene nuestro futuro abogado con la ley; porque segun esta, debe darse la preferencia á las dos últimas cualidades, al paso que el estudiante busca mas bien las dos primeras, llevando en esta parte la contraria. Bien es cierto que la dama del estudiante no es reina, á no ser en alguna comedia casera, y por tanto no le comprende la ley.

Suele suceder á veces que la familia del estudiante lleve á mal que se meta este en la práctica de tal teoria, y por tanto entran las reyertas y las reconvenciones; mucho mas, si para entonces la familia está ya cansada del estudiante. Porque es de notar que los quince primeros dias fue el estudiante el amo de la casa; sus caprichos eran leyes, se le mimaba á todas horas, no se comia hasta tanto que él se hallara presente, y en una palabra, era *huesped en su casa*. Pero pasados aquellos dias, vuelven las cosas insensiblemente á su estado normal; y conforme van pasando dias, se van atenuando aquellos raptos de cariño, pues tal es siempre la condicion humana, que aprecia menos las cosas conforme las va poseyendo. El estudiante por su parte no se desprende tan pronto de su golosa posicion de huesped; y sigue abusando de las concesiones que al principio se le hacian, hasta que llega el caso de que los padres ó tios le tengan que hablar claro y *decirle de Usted*, palabra de mal aguero en boca de un padre.

Cansado este ademas de la holgazaneria de su hijo, y al ver el mal uso que hace de las vacaciones, le manifiesta del mejor modo posible la estrañeza que le causa el ver que no toma un libro. Amostazado el estudiante con tal advertencia, responde formalmente que es malo estudiar en verano, segun el axioma estudiantil que dice:

*Cuando sol est in leone
pone libros en cajone;*

latin que entiende el padre (aunque lego), á las mil maravillas, aunque no conviene con el hijo en cuanto á su exactitud.

A veces, deseoso un padre de conocer los adelantos que ha hecho el estudiante durante el curso (de los cuales sospecha, atendida la desaplicacion que muestra en las vacaciones), compromete al Cura á que le fondee y examine con reserva. En vano este pretende eximirse de tal comision, alegando que no entiende la materia (que suele ser leyes ó medicina), pues el interesado le prueba que puede saberlo, mucho mas siendo este un pais, en donde han estado los frailes en posesion de arreglar el teatro, los abogados la Iglesia, los militares la magistratura, y los obispos el ejército. Este argumento no tiene réplica, y el Cura se deja convencer, aunque tragando saliva. Un dia en que el estudiante, sin saber el complot, visita al Cura, le dirige este á bulto algunas preguntas sueltas sobre su facultad, á las cuales contesta el estudiante con cuatro especiotas generales, que conserva en la memoria. En seguida, viendo un libro de cuarenta hojas sobre la mesa, principia á enseñar al Cura el juego de adivinar la carta que tiene en el pensamiento, lo cual divierte al Cura mas que el oficio de examinador.

– ¿Sabe V. el juego de acertar parejas por la regla de *mutus dedit*...?

– No Señor, ni aun la he leído en mi vida.

– ¿Ni tampoco el de moros y cristianos, por el método de *populea virga pacem*...?

– Menos... ni creo que las traiga el Nebrija.

– Pero Señor, si no son reglas gramaticales. Y en seguida hace los dichos juegos que divierten no poco al Cura. Cuando al dia inmediato encuentra con el padre, pregunta al momento este – ¿Que le pareció á V. mi chico?

– Es un estuche... ¡si V. viera *como juega con el latin!*

– En efecto, ese es su fuerte: asi que llegó á casa, se puso á saludar al perro en aquella lengua. Pero... ¿y de lo demas?

– Muy bien, crea V. que *prograsa*: habla de leyes como un descosido. ¡Pero que penetracion! es admirable *como adivina el pensamiento*, en un abrir y cerrar de ojos.

Y al decir esto, el socarron del Cura toma un polvo, y apenas puede comprimir la risa, viendo como al padre se le cae la baba.

Con esto y con leer los dias siguientes algun rato en las novelas ejemplares de Zayas, que le prestó al examinando la sobrina del Cura, vuelve á reponerse el estudiante en su buena opinion y crédito, y corre de boca en boca la noticia de su aplicacion y sus progresos.

Entre estas y otras, llega el mes de Octubre; y el estudiante, despues de haber presidido á la vendimia y á las francachelas, que en aquella época se celebran durante las hermosas tardes del Otoño, se dispone para aprovechar los últimos dias de la matrícula, regresando á la Universidad, como las merinas á Estremadura. El sastre arregla el levitin, y concluye la capa, la parte femenina de la familia cose á toda prisa las camisas y remienda las calcetas, y los amigos del pueblo y de cuatro leguas á la redonda le favorecen con encargos de visitas, negocios y suscripciones á todos los periódicos habidos y por haber. Renuévase en aquellos dias el trato de reciénvenido, y reina la confusion en la familia, hasta que llega el momento de marchar, entre las bendiciones del padre, los sollozos de la mamá y de las primas, y los estrujones de los parientes.

Tambien llora en silencio la linda personita, tierno objeto de los verdaderos afectos do aquel fujitivo Eneas. Dichosa de ella si puede atraer nuevamente á sus redes al amostazado galan, á quien dejó postergado el estudiante. Mientras que ella da las esplicaciones mas satisfactorias á las celosas interpelaciones del crédulo novio, y se desata en invectivas contra el ausente, este concluye de escribirle una carta llena de piropos, lamentandose de su ausencia; y al compas de los golpes que da para fijar la oblea, canta por lo bajo y entre dientes aquella copla vulgar:

Dama de treinta galanes
y conmigo treinta y uno,
si todos son como yo
te quedarás sin ninguno.

- Antonio Neira de Mosquera, «El Armamento Escolar. 1663-1665», *Semanario Pintoresco Español*, 15 de junio de 1851, pp. 186 y 187.

Los corrillos eran el periodismo político de los pueblos en el siglo XVII. De esta suerte á la aproximacion de un suceso extraordinario el con-

curso de las calles se aumentaba y la concurrencia á las cátedras se amenoraba. El estudiante era involuntariamente el periodista de esta época.

En una de las mañanas frias y nebulosas de octubre, veinte y siete dias despues del 30 de septiembre, un número extraordinario de estudiantes se agolpaba á la puerta de la universidad de Santiago. La agitacion de los ánimos se revelaba en los semblantes, y alguna empresa grave preocupaba á los sostenedores del *vacuus* y del *caput-mortuum*. No se trataba empero de asistir á la fiesta de S. Pedro Martir, ni celebrar la funcion de Santo Tomás en el convento de Santo Domingo, ni recordar al gremio de zapateros el cabildo del lunes, ni apagar las linternas de los aficionados á tertulias, ni *elidir* la cátedra para una pedrea en Santa Susana, ni azuzar al anochecer á los escribientes de la Quintana. La juventud en todos tiempos ha optado á la casualidad por la alegría ó el dolor cuando llega hasta su corazon voluntarioso el eco insinuante de la gloria.

En este dia los estudiantes de Santiago esperaban un verdadero acontecimiento en el siglo XVII: formaban *concilio* olvidándose de Bartulo y de Lombardo para esperar un mensajero que no se atrevia á llevar el nombre de posta porque no remudaba caballos ni contaba con carreteras provinciales.

El arzobispo de Santiago D. Pedro Carrillo de Acuña dirigia desde Redondela á la universidad compostelana una carta reclamando que le auxiliase la *gente secular* que concurría á los estudios á semejanza de los estudiantes de Salamanca que se habian organizado en milicia *con cabos del mismo cuerpo de la universidad*. El objeto de este armamento era la defensa de la frontera de Monterey, villa ya conocida en la historia general de España por el concejo celebrado en 1366 por D. Pedro el Cruel, contra la invasion de los portugueses que habian ocupado la atalaya de Goyan.

Un movimiento general de expansiva alegría circuló desde los estudiantes de *mínimos* hasta los *bachilleres en decreto*, lo que equivale á decir que recorrió el entusiasmo la escala de las facultades menores y mayores. En los aplicados se echaba de ver el noble y elevado pensamiento de la gloria: en los perezosos se reconocia el egoista y árido impulso de la vida trashumante. Ninguna *tésis* académica desde Aristóteles á Cousin fué acogida con tanta aceptacion: ningun argumento *pro academia* recibió un *concedo* mas escolasticamente afirmativo. Ni el mas pequeño é imperceptible *distingo* se abrió paso entre los colegiales de Fonseca y S. Gerónimo.

A los *actos académicos* sucederian los puestos avanzados, y los catedráticos en cánones y teología serian los gefes de esta milicia estudiantil.

A la mañana siguiente el bedel de la universidad fijó en la puerta de los claustros del estudio un edicto firmado por el rector D. Jacinto Boado y Montenegro, en el cual se ordenaba «que se cerrasen las cátedras y que todos los estudiantes que cursaban en esta universidad se alistasen debajo de su bandera para que pudiesen ganar el curso haciéndolo así como si á ella cursaran, y que los que no lo hicieren, no lo ganasen.»

El armamento escolar de 1663 se extendia á los estudiantes de gramática del colegio de la Compañía y á los de artes del convento de S. Agustín. Los religiosos irlandeses de la misma compañía habian ofrecido sus colegiales para completar las fuerzas espedicionarias de Santiago.

Habia *punto* en las cátedras, y la concesion de una tregua inesperada entre el estudio y la giropa era solemnizada por los estudiantes con un *paseo* por la ciudad. Esta costumbre se remontaba á los tiempos del estudio viejo. Los catedráticos seguian á larga distancia la comitiva estudiantil para evitar los proverbiales desórdenes del tricornio, y los discípulos se convenian por medio de una rápida inteligencia en cambiar la direccion del paseo, ya formando un peloton que goteaba estudiantes en una callejuela sin salida, ya esparramándose cada cual por las calles con el azoramiento de una bandada de cuervos sorprendida por una jauria de perros.

Las calles de Santiago se veian ocupadas por una hilera interminable de manteos. Las *facultades mayores y menores* se subordinaban al pensamiento general de *aprovechar la mañana*. Epigramas á los tenderos, livianas galanterías á las damas, silbidos á los postigos entreabiertos, risas á los escribientes, agresiones violentas á la copa de los sombreros de los transeuntes y corrillos en rápida circulacion para desvanecer la vista de alguna ama de canónigo ó arquero de ánimas: hé aquí la esplicacion terminante de un *paseo* de estudiantes, sin perder en la cuenta el murmullo áspero y monótono de dos mil pies en lento movimiento sobre un empedrado costanero y desigual.

Las tiendas se cerraban y las celosías se entreabrian. A primera vista parecia que los habitantes de la ciudad ocupaban un lazareto: los soporales estaban desocupados y las ventanas permanecian cerradas. Habia la *peste* de los *codios* por las calles de Santiago. Los mandaderos de los conventos y los escribientes de la Quintana revolvan por una plaza apartada para no entregar á mano airada un plato de mantequillas ó una escritura

de partijas escrita en letra de protocolo, y las señoras de prolijo manto sobre su piocha mal batida, verdadera piocha de mañana, que se dirigian á la misa mayor de la catedral, y los caballeros de empolvada coleta y escaso sombrero que se encaminaban á la librería -imprensa de *Antonio Frayz-*, esquisita repostería de novedades á mediados del siglo XVIII, visitaban á deshora á su compadre ó á su cirujano para evitar los epigramas macarrónicos de algunos estudiantes de *mediados*. Era de ver el mohin desagradable que el observador podia sorprender en la fisonomía avinagrada de los vendedores de lienzos y paños, al distinguir la cadena interminable de estudiantes que rozaban las bayetas de sus manteos en los soportales de la Azabacheria.

En esta época las casas de Santiago se aproximaban á medida que subian: el piso segundo era una verdadera cornisa del primero. Los voladizos se asemejaban á una especie de artolas domésticas, y las habitaciones superiores se daban cierto aire á las bohardillas de Madrid. Los vecinos de una calle tenian diversos meridianos, de manera que para las tiendas anochecha á las cinco de la tarde, para los pisos principales á las seis, y para los pisos segundos á su hora natural, á las seis y media. Debajo de los soportales se desconocia el crepúsculo. La oscuridad llegaba á guisa de toldo.

El *paseo* de los estudiantes subia del Arco de palacio á la Azabacheria. Desde los valadizos de esta calle angosta y costanera parecia la comitiva estudiantil un hervidero de cabezas. Una sola persona habia salido á la puerta con su gorro de velludo en la cabeza y sus gafas de asta engastadas en su prolongada nariz -era Antonio Frayz, el librero de la Universidad-. Una salva de aplausos siguió á su aparicion en la calle.

– *Salve bibliopola Frayz.*

– *Scholares incipientes te salutant.*

– *Tyrones te salutant.*

– *Togati te salutant.*

Frayz doblaba la cabeza en señal de reconocida correspondencia.

Despues de los estudiantes de gramática llegaron los *bachilleres* en cánones y leyes, y el librero de la Universidad llevó las manos hácia su gorro, como persona sorprendida por una ráfaga de viento. Los estudiantes de *carrera mayor* preferian los epigramas á los conceptos rebuscados. El latin era ya poca cosa para ellos.

- Abajo el alquiler de cuadernos.
- Y el empeño de libros.
- Y las copias de preguntas.
- Y los formularios.
- Y los espurgatorios.
- Y los elencos.
- Y los registros en blanco.

Frayz escuchaba sin inmutarse ni volver la cabeza á las acusaciones acaloradas de los estudiantes, las cuales ni aun tenian el mérito de ser pronunciadas en latin breviarista ó ciceroniano para que no las comprendiesen los vecinos de la librería.

Entretanto un componedor de relojes que se acercaba á las estrellas para buscar el meridiano con mayor comodidad habitando una pequeña bohardilla, y un cirujano romancista que no dejaba con vida gato alguno de la vecindad para comprender en su chiribitil la circulacion de la sangre, se decian santiguándose con melancólica resignacion:

- Vecino, bien he pronosticado ayer el cambio de la luna... tenemos mal tiempo.

- Los cuervos anuncian tempestad.
- Me temo mucho que haya tambien pedrisco...

- Tengo para mí que sí... ayer noche me ha dicho en confianza el vendedor de higas de enfrente con referencia al sacristan de Sta. Maria Salomé que lo habia oido á un mozo de capilla del hospital... ¿oye V., vecino?

- Sí... estaba observando la catalina de este reloj... diga, diga V.
- Pues bien: hay malas nuevas de Monterey...
- ¡Diablo!
- Aquello va de mal en peor.
- ¡Qué me dice V.!
- Lo que V. oye.
- Es decir que...
- Ni mas ni menos.
- ¿Oh!... la cosa es grave.

– Y tanto.

– Hoy he de ver á un continuo del colegio y averiguaré la causa de este *paseo*.

– Tal vez sea la llegada de algun mensagero ó la leccion de algun colegial. ¿Se acuerda V. del motin habido cuando vino el Sr. Marqués de Valparaiso por hacer una leva obligatoria entre les estudiantes?

– Es verdad.

– Estudiaba yo *mínimos*... y me acuerdo como si fuera hoy... Hace veinte y un años... Y sin ir mas lejos, en el año pasado de 1649 el Rector se vió obligado á cerrar las puertas del Estudio por los desórdenes que habia promovido la *lectura* de un colegial de S. Clemente dentro de la Universidad.

A la sazón la campana del reloj de la catedral suspendió á los comerciantes en sus cuentas, á los transeuntes en sus negocios, á los escribientes en sus traslados, á las señoras en sus conversaciones y á los artesanos en sus labores. Eran las 12 de la mañana: cada cual se descubria y rezaba á media voz. El relojero y el cirujano se despidieron de una mirada, y en lo interior de sus habitaciones escucharon las treinta y tres campanadas de la *Maria* en conmemoracion de los años del Salvador.

Los estudiantes se habian reunido en la plaza del Campo despues de *pasear la ciudad*. En esta ocasión aplazaban sus antiguas costumbres para celebrar el armamento organizado por los doctores de la Universidad. La gloria fermentaba en aquellas cabezas cargadas de argumentos *pro parte afirmativa* y *pro parte negativa*. Si por acaso acertase á sonar una mala caja de tambor, marcharian en peloton hácia la *Rocha-vieja*, distinguiendo á los portugueses, cuando menos, en el cerro del *Humilladero*. Entonces valia mucho el corazón.

El armamento escolar anticipaba la estacion de *vacaciones* para la tranquila y reposada ciudad de Santiago. La salve del hospital no seria interrumpida; en los pórticos de Sto. Domingo y de la Catedral no se renovarían los escándalos del dia de S. Pedro Martir y de las tinieblas de Semana Santa; las puertas de las casas no presentarian á la madrugada carteles injuriosos; la pedrejosa calle del Sequelo no serviría de cita á los *estudiantes menores* para convocar para el lunes á los entretenedores de calzado; el Rector de la Universidad y el Asistente de Santiago no se dirijirian oficios ceremoniosos sobre la inmunidad de jurisdiccion; los cepillos

de las ánimas, colocados en las puertas de las iglesias, no aparecerían reunidos á la madrugada delante de la casa del hermano mayor de la cofradía, y las vigas de las obras públicas no servirían de arietes para llamar á la portería de algun convento ó levantar delante de la casa-cuartel de los seis soldados y un cabo que servían de guarnición á la ciudad, un andamio de viciosa esplicación para la buena inteligencia entre militares y estudiantes.

Santiago anticiparía la estación del reposo: el *curso* se suspendía merced á la invasión armada de los portugueses en el territorio de Galicia. Las *parrandas* de los estudiantes que al son de la vihuela cantaban letrillas alegres y decidoras, los corrillos tumultuosos que se resistían á la ronda del Alcalde ó que seguían de lejos al Rector de la Universidad cuando iba de *visita* de posadas y casas de juego, y las chanzas provocativas empleadas con los rosarios nocturnos de las cofradías, se interrumpirían durante el armamento escolar capitaneado por el Rector del colegio de Fonseca. Ahora caminarían sin maliciosas interrupciones algunas luciérnagas gigantescas que se removían trabajosamente por las calles de la ciudad bajo la penumbra de una noche de invierno: eran otros tantos *lyones* del siglo XVII que *iban de tertulia* con su linterna de vidrio cóncavo en las manos. Tal vez hasta el próximo S. *Lucas* volvería al silencio y á la inacción el proverbial y misterioso barrio de *Pitelos*, verdadero *barrio latino* de Santiago, el cual enviaba cada mañana á la Universidad por la puerta angosta de Mazarelos mas filósofos que un congreso de sábios alemanes, mas canonistas que un concilio y mas juristas que una aldea de Galicia.

Los estudiantes de *menores* habían seguido á los de artes, y los de artes á los juristas y canonistas. Si el primer pelotón se hubiese encaminado hácia el monte de la Almasiga ó el campo de Sta. Susana, arrastraría de la misma manera á una línea interminable de tricornios y manteos. Existía una atracción involuntaria entre los estudiantes, y aunque se ignoraba el lugar y objeto de la reunión, se sabía de cierto que no *había cátedras*, y este hallazgo compensaba el movimiento desordenado de la comitiva estudiantil.

De pronto se marca un círculo en medio de la plaza: los mas próximos alejan las distancias, los que siguen se ensanchan y los últimos se presanan entre sí. En medio de este oleaje oscuro de manteos se destaca una figura escuálida y macilenta que puede representar á la vez el genio ó la holgazanería. Es el Br. Cordido que levantando en alto su veleta de paño deshecha por los bordes se declara gefe de la milicia universitaria. Un sepul-

cral silencio sigue á la aparicion del Br. Cordido sobre los bordes del antiguo pilon de la fuente. Las miradas de sus compañeros se fijan en su fisonomía con picaresca malicia. A las miradas siguen las risas. Aun no domina al auditorio.

Recorre entonces con sus ojos maliciosos los cuatro ángulos de la plaza, y en desagravio de la iniciativa poco respetuosa del concurso vuelve á colocar el tricornio sobre su cabeza, y cansado de estar como los naturalistas antiguos entre el agua y la tierra, baja al suelo y pronuncia este final académico con voz esténtorea: *Dixi*.

Desde Ciceron hasta Mirabeau el mejor apóstrofe de la elocuencia antigua y moderna no ha merecido una ovacion mas espontánea y solemne. Los tricornios al aire y las palmadas reciben en triunfo esta sonora palabra de gusto eminentemente escolástico: el Br. Cordido alcanza dominar la atencion irreverente de los estudiantes. Los círculos apiñados de la plaza del Campo vuelven á estender sus líneas, esparciendo los grupos sobrantes por las calles cercanas del Preguntorio y de Azabacheria.

El *paseo* de los estudiantes vuelve á recorrer las calles de Santiago, y á la mañana siguiente se dirigen al pátio de la Universidad para recibir las instrucciones de sus gefes militares.

En el claustro de catedráticos y doctores del 1.º de noviembre se ordena que cada uno de los estudiantes alistados reciba de alimentos dos reales diarios «por el tiempo preciso –son las palabras testuales del acta– que será un mes poco mas» y se nombra al P. Mtro. Fr. Gregorio de Otero, de la orden de Sto. Domingo y Catedrático de prima teologia, confesor de la compañía escolar con el sueldo de un ducado diario. En el claustro anterior se habia acordado que se hiciesen para los estudiantes las cajas de tambores y una bandera con las armas del arzobispo Fonseca.

—

En el claustro de 7 de Noviembre de 1665 se resuelve por segunda vez el armamento de los estudiantes de Santiago. Auxiliados los portugueses por las tropas enviadas por Cárlos II, que habia vuelto á ocupar el trono de Inglaterra, renuevan las hostilidades contra la frontera de Galicia y se reorganiza la milicia escolar compostelana con esta cláusula explícita y terminante: «que se le pase el curso al que constare haber ido á la campaña, y ninguno curse en otra parte con apercibimiento que no se le pasará y dello se despachen editos.»

- Julio Monreal, «Correr la Tuna», *La Ilustración Española y Americana*, anuario de 1879, pp. 69-71.

«Yo pasaba una vida de estudiante, sin hambre y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena.»

CERVANTES.- *Coloquio de los dos perros*.

Ya lo dijo Quevedo :

Todo se lo muque el tiempo,
Los años todo lo tragan;

y de esta ineludible ley nada se escapa. Tan sabido es esto, que no insistiré en sostener el tema. Cosas existen, sin embargo, que aún ántes de fene- cer, pasan por tales transformaciones, que es poco ménos que si hubiesen acabado.

Una de éstas cosas es la vida estudiantil, aquella que en tiempos pasados constituía lo que se llamaba la *Tuna*, merced á la maleante y apicarada condicion que, por regla general, acompañaba á los alumnos de Minerva, que por tradicion y costumbre era tal, que en las aulas, más que á estudiar las ciencias, parece que se congregaban á cursar todo linaje de travesura y á idear el medio de tener carta blanca para cuantos desagui- sados, embelecos y tracamundanas llevaban á término, más que por su provecho, para dejar sentada las más veces su fama de gente resuelta y emprendedora.

Hoy, si bien en el gremio estudiantil alienta todavía algo de aquel anti- guo espíritu de los escolares que precedieron á los actuales en las renom- bradas aulas de Salamanca y Alcalá, han sufrido tal mudanza las costum- bres, que es preciso refrescar el recuerdo de los pasados tiempos para conocer lo que fueron los estudiantes, con su aspecto y usos especiales.

En medio de la continúa lucha á que la reconquista obligaba á nues- tros mayores, atendieron los monarcas de Castilla al cultivo de las cien- cias, teniendo Alfonso IX la gloria de fundar la universidad de Salaman- ca, á la que sólo se aventajó en antigüedad, pero no en singular fama, la

de París, y los reyes que le sucedieron, todos á porfía, procuraron engrandecerla con sus privilegios y los que impetráran de los pontifices, para atraer á las aulas jóvenes que luégo fuesen con su saber gloria de la patria.

El mismo noble designio inspiró al insigne cardenal Ximenez de Cisneros, para dispensar poderosa proteccion á los estudiantes de Alcalá de Henáres, haciendo su universidad hermana de la salmantina, y como ella, plantel de los más preclaros ingenios¹.

La afluencia de alumnos fué presto numerosa, yendo en progresivo aumento; así que á fines del siglo XV contaba Salamanca más de siete mil estudiantes², los que á principios del XVII habian subido á diez ó doce mil, según el testimonio de Cervántes³, y no muchos ménos reunia tambien la de Alcalá⁴.

«Gente moza, antojadiza, arrojada, libre, aficionada, gastadora, discreta, diabólica y de humor», llama Cervántes á los estudiantes de Salamanca de su tiempo, y con tales prendas puede colegirse lo que de sí daría aquella multitud.

Vivian los estudiantes en casa de los pupileros que se dedicaban á esa industria, habitando en camarada varios de ellos reunidos, mezcla que servia para que forjasen en comandita sus travesuras y se ayudasen unos á otros para llevar á cabo todas las que cualquiera de ellos imaginaba.

Aunque aficionados al dinero, que habia de proporcionarles sus antojos, no venia siempre el recuero de casa de sus padres con la carta de *abí te envió*, por lo que padecian grandes estrecheces, y allí era de ver su ingenio, para que éste proveyese de todo aquello que necesitaban.

Los bodegones estaban siempre recibiendo libros y prendas de vestir, á cuenta de los que sacaban manjares para satisfacer el apetito que excitaba la carencia del dinero paterno.

Pero como con frecuencia se agotaban los objetos que podían llevar cautivos á casa del pastelero ó bodegonero, entónces venian las astucias

1. Echóse la primera piedra del Colegio mayor, que se llamó de San Ildefonso, á 14 de Marzo de 1499, siendo *trazador* de la obra el famoso Pedro Gumiel. Ya anteriormente protegió la escuela complutense otro arzobispo de Toledo, D. Alonso Carrillo, que falleció en 1.º de Julio de 1482, al que sucedió D. Pedro Gonzalez de Mendoza, conocido como el Cardenal de España.

2. Lucio Marinelo Sículo *De rebus Hispaniae memorabilis*. Lib. XXIV, capítulo LXIX.

3. En *La Tia fingida*.

4. Así lo dice *El Donado hablador*. Cervántes refiere en el *Coloquio de los dos perros*, que en su tiempo cursaban en Alcalá cinco mil estudiantes, de los que dos mil oían medicina.

para sacar al pupilero los pollos, jamones, morcillas y otros objetos, sin pagar pecho ni alcabala.

Pues *correr* pasteles, cajas de confitura y otras baratijas comestibles por el estilo, hacíanlo á las mil maravillas, y las tiendas eran el blanco donde su negra necesidad ponía los ojos, y sobre todo las manos, y no había jugador de masecoral que con más presteza y disimulo hiciese pasar las mercancías, como por el aire, desde el tablero á manos de un estudiante y luégo de otro, así que en un abrir y cerrar de ojos desaparecía, á vista de los mercaderes, con ser todos Argos.

No les angustiaban la conciencia estas hazañas, pues las tenían como cosas que de juro traía la ocupación estudiantil, y así era de ver que en ellas tomaban parte, no sólo aquellos capigorriones que vivían al vuelo, sino los estudiantes de familias acomodadas que hacían con ellos causa común, y profesaban voluntariamente en aquella religión escolar, que se imponía como regla el hambre, y lo astroso de sus bayetas, aunque pudieran huir de ellas.

A la par que Galeno y Baldo, cursaban el *baldeo* y *rondacho*⁵, y cuando aún no eran bachilleres por obra de los primeros, estaban graduados de doctores por gracia de los segundos, y santificados con el *per signum crucis* de alguna cuchillada que en sus nocturnas excursiones les había alcanzado.

Porque la noche era, como para murciélagos y gatos, amiga placentera de los estudiantes, so capa de la cual podían desplegar la que tenían de pícaros, poniendo por obra sus más arriesgadas empresas.

Enamorados y traviosos, no había doncella de calidad, moza picaña, ni siquiera criada de meson, que no cayese bajo el mero y mixto imperio de sus galanteos, y fuese objeto de sus músicas ó matracas, con escándalo del vecindario y desvelo de los alguaciles del juez del estudio, que como único que por privilegio tenía fuero sobre ellos, salía cada noche á aguardar el contento de aquellos coloquios y discantes, haciendo que el punteado de guitarras y bandurrias se trocase en repique de espadas y broqueles.

Porque la música era uno de los estudios á que los escolares se dedicaban, y los había tan diestros en el manejo de la guitarra, que pudieran hacer competencia al mismo Vicente Espinel, con haber inventado la

5. La espada y el broquel en lengua de pícaros.

prima de aquel instrumento, y al lado de los estudiantes quedaban tamañitos en su manejo los mismos portugueses y aún los barberos, y eso que éstos tenían pasacalles infusos y guitarra grátis data⁶.

Su vida alegre y regocijada les hacía ser alma de toda fiesta y cascabel de todo ruido, y no se comprendía que los hubiese sin estar en medio los estudiantes. Los pueblos próximos á Salamanca ó Alcalá veían en cuantas romerías se celebraban llegar camaradas de estudiantes, que dejaban renombre y hacían raya en danzar, requebrar mozas, embaucar páparos, hurtar gallinas y sacudir un palo, cuando no era la espada.

Ellos llevaban consigo músicos y danzantes y abrían tanto ojo las mozas en cuanto al aire libre, en las plazas de las aldeas ó en los anchos portales de los mesones, armaban uno de aquellos bailes, con que hacían brincar las almas y retozar los corazones de ellas, mientras ponían mohinos y mal humorados á los zafios galanes del pueblo, que no podían mirar con ánimo sereno que las bayetas alcanzasen más en el corazón femenino que todas sus galas del día de fiesta.

Otras veces iban á estas romerías, no con el traje de las escuelas, sino con ridículos disfraces, merced á los cuales redoblaban, si era posible, sus travesuras, y hacían mayores engaños y burlas á todo el que no andaba ojo avizor con aquellas bandas de mozos, que tenían todo el mundo por suyo, como quien ni teme ni debe.

En estas excursiones eran el terror de las posadas y la peste de los mesones, pues ni el huésped ni los caminantes estaban libres de sus malignas invenciones.

Si algún viajero, por su porte y traza, parecía acaudalado, todos se le arribaban con mil cortesías y ofrecimientos, disputándose el ser sus criados. Cuál le sacudía el polvo de la capa, cuál le limpiaba el fieltro de viaje, cuál daba voces al mesonero para que aderezase al caballero los mejores manjares y el más añejo zumo de Coca ó San Martín, prometiéndose que no habían de llevar en aquello la peor parte.

Nunca las hordas de Tamerlán hicieron tanto destrozo como ellos, si podían asaltar á media noche el gallinero ó la despensa del hostelero mismo, ó de alguna casa de la vecindad, y más hubiesen ellos querido ver

6. Quevedo, *Visita de los chistes*.

que entraba en los corrales una manada de zorras que una cuadrilla de estudiantes. En las despensas no hicieran más riza todos los gatos de un convento, y no había chorizos ni perniles que pudieran quedar á cubierto de sus embestidas, pues no fueron tantas las astucias de Sinon para meter los griegos en Troya, como las suyas para sacar aquellos manjares de los más recónditos escondrijos.

Ellos, en sus peregrinaciones, á todos se arrimaban y con todos hacían liga, y ya se les veía caminar en un carro con frailes, ya con soldados, ya con mozas del hampa, y todos salían contentos de su compañía.

Y era maravilla que siendo tanta su afición á la vida alborozada, no por eso descuidasen los estudios, asistiendo en general á las cátedras puntualmente, habiendo entre ellos grandes estudiantes, que después de terminar sus carreras, eran lumbreras del saber, que hacían que Salamanca fuese llamada madre de las ciencias, título que no ménos cuadraba á su hermana Alcalá, mientras ellos empuñaban las varas de las chancillerías y los bastones de los gobiernos ó lograban los bonetes de martas de los presidentes de los reales consejos.

Como galanes gustaban, á las veces, los estudiantes de los antiguos tiempos usar jubones y gregüescos de chamebote, burato, media seda y otras telas vistosas, tanto que fué preciso ponerles prohibición y castigarlos con la pérdida del vestido y cárcel si infringían lo mandado.

Sin embargo, el traje que ya en el siglo XVI se generalizó entre ellos fué la loba ó sotana y el manteo: en la cabeza nunca llevaron cosa determinada, acomodándose á la clase de gorra, bonete ó sombrero que gastaba la mayor parte de las gentes. Estas prendas se hicieron generales entre ellos y presto no se vieron otras en las aulas y en los patios de las universidades, siendo su escudo y salvaguardia, pues con la cubierta de ellas arrojábanse á todo, sabiendo que había de pasar como cosa de estudiantes.

La vida estudiantil, como la militar, establecía franco trato entre los que la profesaban, y aunque es cierto que los estudiantes hijos de padres ricos solían llevar á Salamanca, no sólo criados, sino ayos ó mayordomos que parasen mientras á sus personas y haciendas, no lo es ménos que en cuanto un estudiante ponía los piés en el patio de una universidad, aunque su nobleza fuese mucha, quedaba nivelado con sus demás camaradas, y si no pagaba la patente, mediante algunos reales de á ocho, sufría, como todos, que le hiciesen obispillo, le nevasen, le diesen garrote al arca ó le llevasen los libros en prenda á casa del bodegonero.

Así, muchas veces dejaban á sus ayos y guardianes con tanta boca abierta, y en tiempo de vacantes se iban con los otros camaradas á pasarlo alegremente de pueblo en pueblo, y vivir de su industria y del asalto, durmiendo en los pesebres de las ventas ó á cielo abierto, más gustosos que si en casa comiesen faisanes ó durmiesen entre holandas.

De este modo pasaron los estudiantes más de dos siglos, sin que hubiese cambio notable en sus costumbres, ni en sus trajes, y era más de mediado el siglo XVIII cuando por efecto del trascurso del tiempo y de los acontecimientos, empezó á declinar la estrella escolar, ó mejor, á sufrir trasformaciones.

Erase el año 1766; los españoles hallábanse descontentos del giro que tomaban los sucesos políticos. Un ministro de nación extranjera, Esquilache, se habia hecho impopular con los crecidos tributos que imponia á los artículos más necesarios al sustento del pueblo. Sordo rumor se movia contra él, cuando reventó la cargada mina con pretexto del decreto que dió, mandando que dejasen de llevarse las capas españolas y los sombreros de anchas alas, que ya sólo iba usando el pueblo, para que se sustituyesen con prendas de la misma clase, pero dispuestas según costumbres extranjeras.

Sobrevino entónces el famoso motin de las *capas y sombreros*, el Domingo de Ramos, 26 de Marzo de 1766, y aunque el pueblo consiguió lo que se propuso, derrocando al ministro y haciendo derogar el decreto sobre las capas y sombreros, éstos comenzaron, no obstante, desde entónces á mudar su forma por el influjo de la moda.

Principiaron á levantar sus faldas por la frente y poco á poco, de un modo insensible, quedaron trasformados en los sombreros llamados de *medio queso*, por su estructura particular.

Tanto creció su uso, que á fines del siglo triunfaba en todas las cabezas, y los caballeros y las gentes del pueblo le adoptaron igualmente. Ya he dicho que el traje escolar no habia tenido nunca un sombrero propio; así que los estudiantes agregaron á sus invariables sotanas y manteos el sombrero de medio queso, que habia de quedar como peculiar de ellos, llegando desde entónces á serles tan característico como las otras dos prendas del traje.

Partiendo de aquel tiempo, áun cuando el siglo XIX, que corremos, trajo la abolición de tales sombreros, conserváronse en las aulas, de manera que trocó su nombre primitivo por el de tricornio estudiantil, no conociéndose en adelante los estudiantes sin aquél, que llegó á ser su verdadero distintivo.

Él alborozaba las aldeas, cuando de vuelta á sus hogares, en el verano, iban los estudiantes en tropas, con sus alegres guitarras, flautas y pande-ras, haciendo lo que se llamaba *correr la tuna*, recordando lo mismo que habian hecho durante muchos siglos.

Sus travesuras no habian menguado, y los pueblos limítrofes á Alcalá y Salamanca recuerdan aún las visitas que los estudiantes les hacian, de las que no siempre les dejaban glorias que contar.

Por fin vino un día funesto para la *tuna*. Mandóse, de órden superior, suprimir tricornios, manteos y sotanas, y por más que el refrán que *el hábito no hace al monje*, desde aquella fecha perdieron los escolares sus antiguas tradiciones.

En el último carnaval han querido algunos estudiantes desenterrar la antigua vida y *correr la tuna*, mas su intentona ha revestido tambien el carácter de los adelantos de los modernos tiempos. La *tuna* moderna era una débil sombra de la antigua, y en lugar de correr uno y otro pueblo de Castilla, á pié, siendo á la par embeleso y plaga de mesones y aldeas, han aprovechado el ferro-carril y partido á largas distancias, viviendo en fon-das á sus expensas, nada ménos en la capital de Francia.

Su traje, si bien ostentaba el tricornio, presentábalo reformado y embe-llecido, no siendo ya aquel sombrero mugriento y de grandes picos del siglo XVIII, uniendo en flagrante anacronismo, el cuello de abanillo del siglo XVI, con las medias, calzas y valones negros del XVII, y los zapatos de hebi-lla y el tricornio del XVIII, suprimiendo además la característica sotana.

Las costumbres pasan con los tiempos y no es posible resucitarlas; la universidad de Alcalá no existe ya muchos años hace, y la de Salamanca apénas es una sombra de lo que fué en días anteriores. Los manteos, sota-nas y tricornios concluyeron, y con ellos acabó tambien para siempre lo que se llamaba *correr la tuna*.

- Eduardo de Palacio, «Estudiantina Española», *La Ilustración Espa- ñola y Americana*, 28 de febrero de 1886, p. 139.

En estos días de Carnaval se refresca en la memoria el recuerdo de aquellos estudiantes españoles, honra de la patria y de sus respectivas madres las Universidades de Salamanca y de Alcalá de Henares.

Porque bien puede aplicarse tan sagrado título de madres de la estudiantina y de la patria á aquellos templos de la ciencia que tantas glorias produjeron.

Entre las comparsas de estudiantes que recorren las calles de Madrid en estos días, y la *tuna* salmantina que pasaba la temporada de San Juan á San Lucas recorriendo comarcas y viviendo del fruto de sus conocimientos artístico-musicales hay un abismo, esto es, un siglo por lo menos.

¡Qué tiempos aquellos, tan felices para los hijos de las escuelas mayores y menores de la hermosa reina del Tormes!

En estos momentos se halla en la capital de Rumanía la *Estudiantina Española*, dirigida por Granados, entusiasmado á aquellas gentes, lo mismo que á las de Viena, Berlín, San Petersburgo, capitales que ya han visitado nuestros compatriotas.

Pero la *tuna* salmanticense ó complutense ofrecía otros caracteres.

Aquellos profesores espontáneos conocían menos el arte que la ciencia.

La estudiantina de Salamanca se dividía en cuatro clases.

El estudiante, propiamente dicho, hijo de labrador de Castilla, cosechero de Navarra ó ganadero extremeño, que viajaba en mejor mula y contaba con alguna camisa más que los estudiantes de otra clase, con alguna docena de chorizos y tal cual pernil como provisiones para recuerdo de la familia, cuando regresaba de su pueblo á la Universidad, terminado el período de vacaciones.

Además contaba con mayores influencias y medios que sus compañeros pobres.

El estudiante de la tuna, ó *tuno* de profesión, simultaneando con sus estudios los servicios que prestaba á sus discípulos mejor acomodados, recorría durante las vacaciones, en comparsa, cuantos pueblos podía, para vivir sobre el país. De esta manera suplía faltas de asignación paternal.

Había estudiantes cata-caldos, mozos listos, pero pobres, que así vivían dando lecciones de tocar la guitarra á quien las solicitaba, como zurciendo sermones á curas no inspirados para ello; y lo mismo se desayunaban al amanecer Dios cada día, que á las doce de la mañana, cayendo como moscas en la casa donde se hospedaban sus discípulos con plato fijo, y siempre á la hora de comer ó á la de cenar.

El sopista era el pobre de solemnidad, que estudiaba y concluía su carrera sin otro auxilio que el de sus excelentes facultades para todo.

Comía en alguno de los muchos conventos que había en Salamanca y repartían la sopa á los desheredados de la fortuna.

Dormía en cualquiera de las hospederías en que se albergaba á los pobres, y de esta suerte la vida le salía por una friolera.

Manutención, si no sibarítica, suficiente para conservar la vida; cama, si no mullida, limpia; y albergue, si no lujoso, abrigado.

Todo esto disfrutaba sin más cuidado que el de no retrasarse y acudir á las horas marcadas; y para esto, relojes había para el servicio del público, y con buenas campanas para avisar á los distraídos.

Lo demás hacía la juventud, para cuya edad no hay lecho duro, ni manjar desaborido ni indigesto, ni frío ni calor, ni peligro que acobarde el ánimo.

Vivían todos los estudiantes, exceptuando á los sopistas, con tal uniformidad, que hubiera sido difícil distinguir por sus costumbres á los ricos de los medianos.

Verdad es que ni el rector habría permitido diferencias provocativas de desórdenes entre los hijos de la augusta Salamanca, ni el precio del pupillaje daba para excesos.

Una sala bien blanqueada y limpia, por lo menos en principio de curso, una mesa-camilla con tapete de bayeta verde, y el número de sillas correspondientes al número de pupilos.

Un catre de tres tablas y dos banquillos pintados de verde, un jergón, un colchón, sus dos sábanas de algodón bien fuerte, para que resistiera á todo evento; una buena manta de la tierra ó palentina, y su colcha ó cobertor de algodón con flores estampadas en colores muy vivos y alegres.

Estera, brasero y otras gollerías no había en aquellas casas; que hubiera parecido excesivo sibaritismo, perjudicial á las buenas costumbres de los jóvenes.

El rector era en Salamanca más que hoy el gobernador civil, y aun más que el presidente del Consejo.

Disfrutaba tantas y tales prerrogativas y tan extraordinarios privilegios, que solamente el prelado pudiera comparársele y aun sobreponérsele.

El rector gozaba, á más de tantos privilegios otorgados por el Rey y fomentados por las prácticas, el respeto casi paternal de los estudiantes.

Y dicho queda que, como Salamanca no se componía sino de religiosos y estudiantes, aunque éstos eran en mayor número, disponía como señor en sus dominios.

Los estudiantes eran el espíritu de aquella ciudad, solamente comparable á la antigua Roma.

Una elección de rector era un semillero de motines para la gente escolar.

Porque los estudiantes poseían el derecho de proponer al Claustro un candidato.

Y era de ver cómo cada bando trataba de imponer al suyo.

Los navarros, á un navarro; los extremeños, á un extremeño, y así los demás.

¡Qué discursos, qué interrupciones, qué motines en el patio de Escuelas Mayores!

Sombrerazos, y aun palos, solía ocasionar el suceso.

Pero la calma renacía, y Salamanca volvía á ser el tranquilo albergue de tanto cuervo.

Serenatas habíalas á diario.

Riñas, alguna vez.

¿Burlas á las rondas?

Eran cotidianas.

Y expediciones á la Pescanta y á Santa Marta, para devorar los ricos peces del Tormes y probar el vino que nunca veían en las casas de pupillage, frecuentemente realizaban los estudiantes.

Pero aquella era otra raza y aquellas otras costumbres, y cada época tiene su sello característico.

Los estudiantes de Alcalá y de Salamanca no se semejaban ni á los de la Sorbona ni á los de Lovaina, ni á los de otras naciones.

No queda más que el recuerdo, que evocan en estos días las comparsas de estudiantes, más ó menos auténticos, que salen de tuna por esas calles.

– ¿Osté ser de Salamanca? – preguntaba un extranjero á uno de los postulantes de estudiantina que se le acercó para pedirle dinero.

Y el mozo, que era de la buena raza escolar, le contestó:

– Oui, monsieur, y de fines del siglo XVII.